

# 1830

Henry David INGLIS



<sup>97</sup> C. TORRES FONTES SUÁREZ. *Viajes de extranjeros...*, t. I, p. 136.

(Edimburgo, 1795-1835). Realizó y abandonó pronto los estudios mercantiles para dedicarse al periodismo y “a un vagar no casual por los caminos europeos del Tirol, Escandinavia, Irlanda y, sobre todo, España”. Publicó dos novelas “de no mucha fortuna”. Su viaje le permitió aprovechar una época de cambios políticos e ideológicos. En su obra se percibe una “*alternancia de todos los colores, oscila desde el rosado hasta el negro, pues su fobia religiosa contra el catolicismo expresada por la vía del sarcasmo, no sólo falta a la fe de otros, cuyo territorio recorre, sino que sus ironías deslizantes se pierden por el camino de la zafiedad. Alternancia también en su valoración de paisajes, posadas y costumbres, en las que parece que camina con mayor firmeza y objetividad*”<sup>97</sup>.

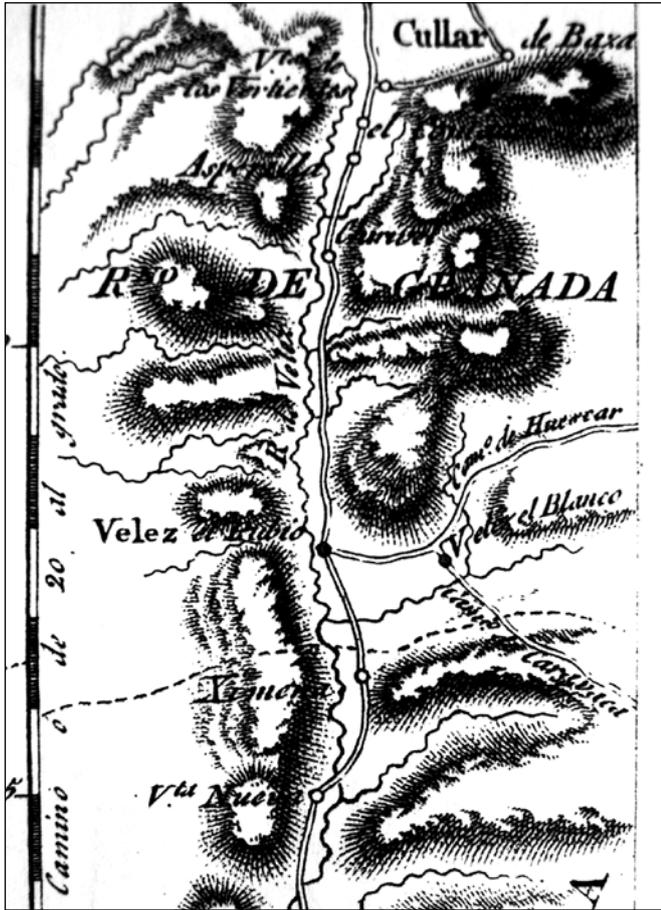
El joven escocés Henry David Inglis permaneció durante ocho meses viajando por España. Había llegado a Granada procedente de Málaga y, después de una breve estancia en la ciudad de la Alhambra, puso rumbo hacia Levante, cuando tuvo ocasión de transitar rápidamente por tierras velezanas. Su obra, *Spain in 1830*, fue publicada por Whittaker, Treacher and co. en dos volúmenes, a su vuelta en Londres en 1831. Concretamente, la descripción velezana se encuentra en la p. 266-267; aunque nosotros hemos seleccionado la traducción realizada por Miriam López Burgos y dada a conocer en *Revista Velezana*, nº 16 (1997), p. 82-84.

**D**esde este pueblo [Cúllar de Baza] hasta Chirivel pasamos por una zona alta y muy desolada, que no produce otra cosa que *esparto* y plantas aromáticas; sobre la parte más alta de la sierra se encuentran situados Vertientes y otro pueblecillo; allí se pueden ver algunos pequeños trozos de tierra cultivados, y sobre las laderas de los alrededores hay salpicadas encinas enanas. En Vertientes el mulero se equivocó de vereda y nos vimos en la necesidad de preguntar la dirección varias veces; esto siempre conlleva su riesgo. Ya se había hecho de noche y no existía una carretera más solitaria que la que había entre este pueblo y Chirivel; la población tenía un aspecto miserablemente pobre, y muchos de ellos habían visto pasar el desprotegido vehículo y sabían su destino.

Cuando íbamos avanzando observé varios fuegos en hondonadas no lejos de la carretera que permitían ver el campamento nocturno de algunos vagabundos; y de algún modo me asusté cuando, al mirar fijamente

la carretera iluminada por una gloriosa luna llena que había salido por el Este, pude divisar las figuras de dos hombres, a unas doscientas yardas detrás de nosotros. El viejo mulero pareció ponerse un poco nervioso cuando le dije lo que yo había visto y arreó a su mula. Yo no tenía muchas dudas de que nos estaban siguiendo algunas de las personas que nos habían visto pasar por Vertientes; y sacando de mi bolsa veinte dólares, una parte de su contenido, los metí junto con dos onzas de oro en mi bota y metí en el bolsillo de mi chaleco un monedero con sólo doce dólares que yo creí suficientes para dos campesinos de Vertientes, aunque un botín tan insignificante habría sido despreciado por la banda de Don José<sup>98</sup>. Justo en ese instante, unos bultos oscuros aparecieron delante de nosotros y, al poco tiempo, una recua de diez o doce mulas y tres hombres se aproximaron. Nos detuvimos para preguntarles a qué distancia estábamos de Chirivel; y mientras que hicimos la pregunta y la contestaron, yo mantenía la vista sobre los hombres que había detrás, que se quedaron parados en

<sup>98</sup> Es lo más probable que se refiera a José María Hinojosa, llamado *el Tempranillo*. Bandolero español nacido en Jauja c. 1800 y fallecido en Alameda en 1833. Su nombre lo debe a que comenzó actuando como contrabandista a temprana edad. Se especializó en el asalto a diligencias y acabó cobrando un seguro en dinero para permitir que vehículos y viajeros circularan tranquilamente por Sierra Morena donde actuaba como reyezuelo. Prototipo del bandido romántico, alcanzó celebridad europea a través de las obras de numerosos autores de libros de viaje.



Detalle del itinerario de Murcia a Granada, publicado en el *Atlas descriptivo de España*, de A. Laborde (Valencia, 1826).

medio de la carretera. Yo ahora sí que no tenía ninguna duda de sus intenciones, y le mencioné al mulero el motivo de mi creciente sospecha. Éste se convenció tanto de su veracidad que les propuso a los hombres que nos acabábamos de encontrar que uno siguiera con las mulas a Vertientes, mientras que los otros dos se volvieran con nosotros a Chirivel, que se encontraba sólo a media legua de distancia. Por regla general le es indiferente a un español dónde pasa la noche; y esta propuesta, acompañada por la promesa de unas cuantas pesetas de mi bolsillo, nos aseguró este oportuno aumento de nuestro grupo. Después de que volviéramos a emprender camino, los hombres que había detrás nos siguieron durante un corto trecho, probablemente para averiguar cuántos éramos; luego ellos se quedaron parados y, después de otro cuarto de hora, ya dejamos de verlos.

La *posada* de Chirivel era casi tan mala como la *venta* de Huétor; pero ya que era casi independiente de la despensa de la *posada*, me tomé un té y cené agradablemente, con ese miserable sustituto de una estufa de

carbón, un *braseiro* debajo de la mesa; pero como yo no tenía talismán contra las pulgas, me puse muy contento de haberme librado de sus asaltos. A la mañana siguiente me volví a poner en camino.

Desde Chirivel, la única carretera es el lecho de un río, por el que viajamos tres leguas, hasta que llegamos a Vélez el Rubio. Las riberas del río, entonces casi seco, en muchos lugares están cortadas a pico, tanto que me dijeron de buena tinta en Granada que cuando el tiempo está lluvioso es imposible viajar a Murcia.

La situación de Vélez el Rubio es pintoresca; un castillo en ruinas domina el pueblo, y los alrededores presentan un arbolado bastante tolerable; esta mejora en la apariencia del terreno continúa sólo durante una legua y media más allá del pueblo, cuando desaparece cualquier vestigio de cultivos y una cadena con las montañas más desérticas que yo hubiera atravesado en toda mi vida se extiende hacia el Este; estas son las montañas que separan Granada de Murcia. El paso a través de ellas es de veintidós millas de largo; y en toda esta distancia no hay ni una sola casa. No se hace por una carretera, ni siquiera por una vereda, sino por el lecho de un torrente que atraviesa estas montañas; y este lecho, durante las primeras ocho millas, no tiene más de seis pies de anchura y está lleno de rocas enormes, que fuerzan al viajero a ir andando.

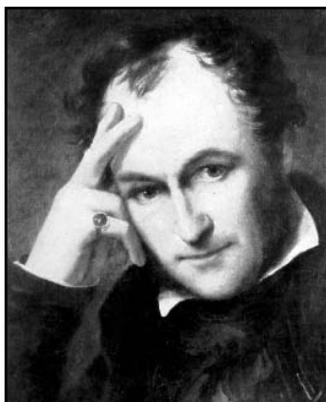
Durante todo el día, después de adentrarnos por estas montañas, sólo nos encontramos con una persona, se trataba de un fraile capuchino que llevaba su burro delante de él, cargado con dos grandes botijas de aceite, regalo de unos buenos católicos de Lorca, lugar en el que él había estado para mendigar este lujo para uso de su convento en Vélez Rubio.

Como no hay casas por estas montañas, casi no hay que esperar ver ningún tipo de cultivos; yo no vi ni una sola vara de tierra cultivada, ni un solo rebaño de algún tipo, ni incluso unas cuantas cabras. Pero esta zona, desolada como está, tiene algunos encantos propios. Romero, orégano, tomillo, espliego y miles de plantas olorosas impregnaban el aire con su fragancia, y al ser muy placenteras para uno de los sentidos, hacen que la vista no se detenga en el terrible espectáculo de desnudez de estas tierras.

Después de ascender por el lecho de un torrente durante dos leguas, llegamos a la cumbre de una montaña y luego entramos en el curso de otro río, por el cual fuimos bajando unas tres leguas hasta Puerto [Lumbreras], el lugar fijado para pasar la noche.

# 1833

## Richard FORD



(Londres, 1796-?, 1858). Miembro de una aristocrática familia, se educó en Winchester y Oxford. Hombre de cultura extraordinaria (estudió Derecho, pero no llegó a ejercer nunca como abogado) y estupendo escritor, además de dibujante e historiador del arte, viajó por varios países europeos, entre ellos España, donde residió durante 3 años (1830-1833). Instalado en Sevilla y Granada para cuidar de la salud de su mujer, se desplazó a lomos de un brioso caballo y la mayor parte de las veces con la sola compañía de su fiel criado, recorrió todos los rincones de nuestra geografía, zonas completamente apartadas de las rutas habituales de los viajeros románticos. Sus impresiones sobre los países visitados y los consejos prácticos que daba a los posibles viajeros, aparecidos en varios periódicos ingleses, alcanzaron un notable éxito. En Inglaterra se “construyó una bonita casa con un jardín a la andaluza” y sobre su lápida reza: “*Rerum Hispaniae indagator acerrimus*”<sup>99</sup>.



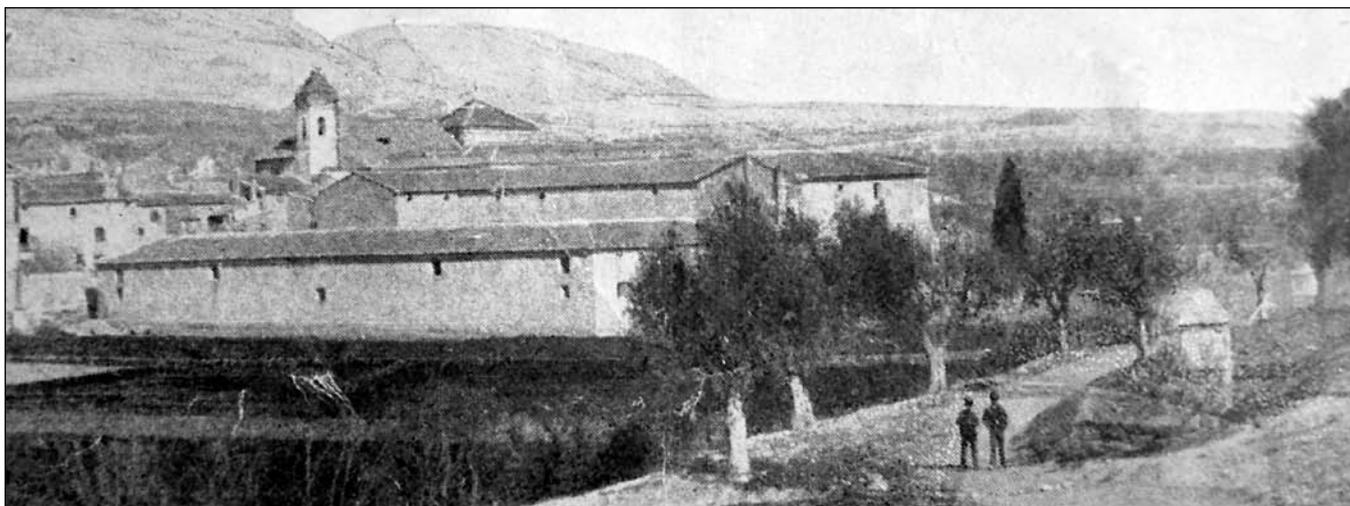
Dos retratos del célebre viajero inglés Richard Ford, afincado durante varios años en Andalucía.

Tras la vuelta a su país natal, formó una rica colección de libros españoles, envió artículos a numerosos periódicos y publicó varios libros, entre ellos, *Handbook for travellers in Spain in Spain and Readers at Home*, (*Manual para viajeros en España*), editado en Londres en 1845, “obra prodigiosa por su erudición y conocimiento exhaustivo del país, si bien la estropean los estrechos prejuicios religiosos y políticos de su autor; así como su tendencia a lucir su ingenio burlesco a costa de los españoles”<sup>100</sup>. El interés suscitado por todo lo español, que el romanticismo fomentaba, propició nuevas reediciones en 1847 y 1855. En definitiva, se trata de uno de los más prestigiosos y fiables testimonios decimonónicos sobre España que no solía faltar en el equipaje de posteriores viajeros, y contribuyendo a popularizar en Europa la geografía, las costumbres, la literatura y el repertorio artístico español.

Aunque, como hemos visto, la obra fue publicada en Londres en 1845, las descripciones proceden de su estancia en España a comienzos de la década de los 30, concretamente el Camino Real de Granada a Murcia lo recorrió en la primera quincena de septiembre de 1831. Para el texto que reproducimos a continuación nos hemos basado tanto en la edición realizada por la editorial Turner en 1980 con el título de *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa (Granada, Ronda, Gibraltar, Málaga, Jaén, Almería)*, p. 175-176; como en el artículo de M. López Burgos para *Revista Velezana* (nº 20, 2001, p. 84-85).

Detalle del plano de Rigobert Bonne: Andalucía con los reinos de Granada y Murcia (1797).





Vista parcial del casco urbano de Vélez Rubio donde se distingue la única torre de la iglesia del Convento y, en primer término, las traseras de la famosa posada del duque de Alba (Foto de F. Palanques, 1909).

## LOS VÉLEZ

Desde aquí, cruzando una alameda, se llega hasta *Cúllar de Baza*, que se encuentra situada en un barranco debajo de sus ruinas árabes y en un valle sembrado de maíz y viñedos. Se trata de un extenso lugar de unos 5.000 habitantes; la mitad de las viviendas son meros agujeros excavados en las laderas de las colinas, en los cuales los catetos hacen madrigueras y se reproducen como conejos, y todos ellos se abrigan con sus zamarras de piel de oveja. Aquí, en agosto de 1811, Freire fue derrotado y hecho pedazos incluso por Godinot, uno de los peores generales franceses, cuya incapacidad permitió escapar a su enemigo diestro en la huida (Toreno, XVI).

Subiendo por una accidentada sierra, la miserable *Venta de las Vertientes* que marca la cumbre desde donde las aguas descienden a ambos lados. *Chirivel* se encuentra en la zona del lino y el cáñamo. Éste último, cuando se corta, se deja en remojo durante ocho días, hasta que la piel se pudre; entonces se golpea sobre

pedras redondas y se pasa por una máquina dentada. Todo el proceso es nocivo, ya que los repugnantes líquidos producen fiebre, las partículas diminutas que salen volando mientras que se golpea irritan los pulmones y provocan la tuberculosis<sup>101</sup>.

Se llega a *Vélez el Rubio* por una legua horrible, *la del Fraile*, que tiene como mínimo cinco millas de longitud. El río es muy bonito y los dos grandes peñascos, el del *Fraile* y el de la *Monja*, son singulares. Vélez el Rubio es un lugar pobre pero muy poblado, con unos 12.000 habitantes, situado en una zona muy fértil donde también hay abundancia de bello jaspe. Las casas, encaladas, se encuentran bajo el castillo<sup>102</sup>, situadas de forma pintoresca en una agreste colina<sup>103</sup>. Cerca está la *f fuente del Gato*, un agua mineral ferruginosa, excelente para las afecciones nerviosas. La posada la construyó en 1785 el Duque de Alba, el cual posee extensas fincas en estas zonas. Mientras que el exterior es magnífico e imponente, el interior es todo miseria e incomodidad<sup>104</sup>. *Vélez el Rubio*, aunque inerme y sumiso<sup>105</sup>, fue terriblemente saqueado por Sebastiani en abril de 1811<sup>106</sup>.

<sup>101</sup> "Chirivel es la zona del lino y cáñamo", "...después de cortado, se empapa durante ocho días hasta que su corteza se pudre: entonces se bate sobre pedras redondas y se le hace pasar por una máquina con dientes de hierro. El proceso entero es malsano, porque las empapaduras, dañinas, producen fiebre, mientras que las minúsculas partículas que vuelan en todas direcciones durante el batido irritan los pulmones y causan tisis". (ed. Turner).

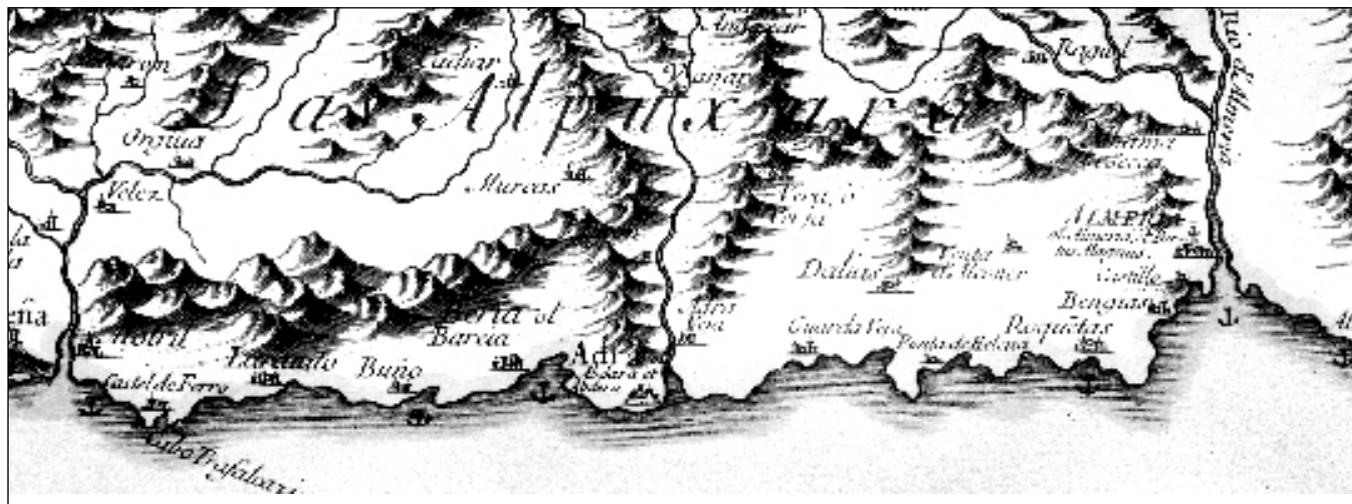
<sup>102</sup> ¿Se refiere a Vélez Blanco?

<sup>103</sup> "En una situación pintoresca rodeada de colinas..." (ed. de Turner).

<sup>104</sup> "La Posada fue construida en 1785 por el duque de Alba, que posee vastas tierras en estas comarcas. El exterior es tan grandioso e imponente como el interior, carente de todo e incómodo" (ed. Turner).

<sup>105</sup> "Aunque desarmado e incapaz de resistir" (ed. Turner).

<sup>106</sup> 1810 en ed. Turner.



Detalle del plano *Le Regni di Granata e D'Andalucia*, de Giacomo Cantelli y Domenico di Rossi (Roma, 1696), donde se señala ostensiblemente La Alpujarra.

#### Ruta XXIV. De Granada a Adra

Poblaciones	Leguas	
Padul	3	
Dúrcal	2	5
Lanjarón	3 ½	8 ½
Órgiva	1 ½	10
Ugíjar	3	13
Berja	3	16
Adra	2	18

Ésta es una excursión llena de interés artístico y geológico, y puede ser prolongada desde *Adra* hacia el Este o hacia el Oeste, sin necesidad de volver a Granada; o bien se puede volver por Motril, sobre todo por sitios nuevos.

### LA ALPUJARRA

Esta excursión bordea las faldas meridionales de las Alpujarras, último refugio de montaña de los *moriscos*. Según algunos, las sierras de *Gádor* y *Contravieja* [Contraviesa] son el núcleo de las “Montañas del Sol y la Luna” de los moros. La cadena entera se llamaba *Sierra Nevada* (el Himalaya de España), la “Sholayr” de los moros. El nombre de Alpujarras es corrupción de *Al-Basherah*, “hierba”, el distrito de los pastos, que se extiende del Oeste al Este, cosa de diecisiete legua de longitud por once de anchura. Están divididas en once partes o *Taas* (del árabe Tá, obediencia).

Este territorio fue asignado a Boabdil por el tratado de Granada, todas cuyas estipulaciones fueron rotas, y los moriscos se vieron cazados como alimañas, igual

que los indios por los Pizarro en el Nuevo Mundo. Las atrocidades no encuentran paralelo, excepto en la exterminación de los protestantes waldenses en 1655 por el duque de Saboya. Los españoles, que habían expulsado antes a los ricos comerciantes judíos, completaron ahora su locura expulsando también a los diligentes agricultores moros, privándose de esta manera a sí mismos, pobres indolentes, del dinero y el trabajo, del alma y el cuerpo, por igual. Les pareció más fácil destruir y expulsar que conciliar y convertir. Pensaron que sería prueba de romana fuerza de carácter crear un desierto y llamarlo paz. Para enterarse de detalles léase la obra de Mendoza “*Guerras de Granada*”. Los moriscos fueron expulsados en 1610 por el débil Felipe III, mero instrumento en manos de una Iglesia poderosa; pero su resistencia en estas ásperas hondonadas y colinas fue desesperada, lucharon *pro aris et focis*, por su Dios y por su tierra. Fue como los afganos Ghilsi contra Faringi. La mayor parte de ellos fueron expulsados y marcharon a Tetuán y Salé, donde se dedicaron a la piratería y se vengaron de todos los cristianos con extraña ferocidad. El nombre de “merodeadores de Salé” es bien conocido de todos los lectores de hazañas náuticas.

(...)

Los habitantes son medio moros, aunque hablan español. Las mujeres, con sus mejillas color albaricoque, sus ojos y cabello negro, miran de forma salvaje al infrecuente forastero desde sus ventanas como escotillas, apenas mayores que sus cabezas. Tres largas leguas de rocas rojizas conducen a *Berja*. *Alcolea* está a la izquierda. Aquí los aprovisionadores de Sebastiani



La zona del Campo de Dalías y la Alpujarra oriental, según se representó en el *Mapa del Reino de Granada*, de T. López y Vargas Machuca (1780).

asesinaron al cura ante el altar mismo, esparciendo su cerebro sobre el crucifijo. Cuatrocientas personas fueron masacradas a sangre fría sin tener en cuenta edad o sexo (Schepeler, III, 112). El vengador del morisco pagó a los españoles en misma moneda: “¿Cómo esperaréis misericordia, si vosotros no la tenéis?”.

## BERJA

*Berja*, Vergi, es una ciudad activa, floreciente y creciente, de menos de diez mil habitantes. Está a los pies de *Sierra de Gádor*, y en el corazón mismo de las minas de plomo, de las que hay muchos cientos abiertas. En España se dan curiosas facilidades a la especulación minera (véase Cartagena). Quien quiera que descubra una mina informa de ello al *Gefe*, el cual examina el lugar y, si nadie tiene mejores derechos, concede una *demarcación* de la cierta extensión de terreno, que se deslinda claramente por medio de mojones. Se asigna una cantidad determinada en concepto de arrendamiento y, mientras el arrendatario pague, nadie puede desposeerle. Éste, sin embargo, tiene el privilegio de renunciar a su arrendamiento cuando le plazca, y entonces deja de pagar. Estas minas sólo son trabajadas mientras resultan rentables; el mineral aparece en cantidades indeterminadas, a veces en vetas y a veces en depósitos o *bolsadas*. Los primeros especuladores han acumulado grandes fortunas, llevándose lo mejor de este monte y disfrutado de las primeras ventas. Ahora las reservas de la *Sierra* han quedado reducidas y el mercado está muy abastecido por otros distritos competidores.

El mejor mineral a veces produce hasta el setenta por ciento de plomo puro, y gran parte fue exportado tal y como salía de la mina por falta de combustible. Últimamente se han instalado en la costa algunas buenas centrales de fundición y laminación, que funcionan con maquinaria inglesa.

Berja está llena de casas nuevas, cosa rara en España. En ellas viven más que nada mujeres y las familias de los mineros, mientras los hombres viven casi todos en el monte de piedra caliza, cerca de los talleres. La *Sierra* está horadada en todas direcciones, como una colmena, y los pozos se abren en dirección oblicua; el trabajo es malo para la salud y afecta a los dientes y los intestinos. Los mineros ocupan toscas chozas de piedra; la comida, e incluso el agua, les llegan de fuera. Ni las mujeres ni los perros tienen permiso para quedarse en el monte.

Al borde de Gádor hay una antigua mina fenicia llamada *La Sabina* sobre la que corren infinitas leyendas. Los mineros son ignorantes y supersticiosos; trabajando en la oscuridad, bajo tierra, es natural que sean menos ilustrados que los españoles que viven a la luz del sol. *Berja* está también llena de asnos y mulas a cuyos lomos se transporta el mineral al puerto de mar, *Adra*, a dos leguas. A pesar del tráfico, los caminos son inicuos: y es que así fue siempre, porque, como dice un poeta moro de estos lugares, “el único remedio para el viajero es parar; los valles son jardines del edén, pero los caminos lo son del infierno”, y, ciertamente, lo mismo puede decirse de la mayor parte de los caminos andaluces, paraíso de los poetas e infierno de los asnos.

## ADRA

Yendo a lo largo del camino de herradura, bajando por una garganta de un río, llegamos a Alquería, y de aquí, por plantaciones de azúcar, a *Adra*, *Abdera*, ciudad fundada por los fenicios (Estrabón, III, 236). El mar se ha retirado; en otros tiempos llegaba hasta los muros mismos del castillo moro. Desde la atalaya o *Torre de la Vela* la campana de alarma lanza una llamada a las armas en cuanto se acercan los piratas africanos, pero ahora faltan cañones y todos los demás medios de defensa. La población es de aproximadamente ocho mil almas. Aquí se han instalado algunas fábricas de plomo.

Málaga está a veintisiete leguas al oeste de Adra.

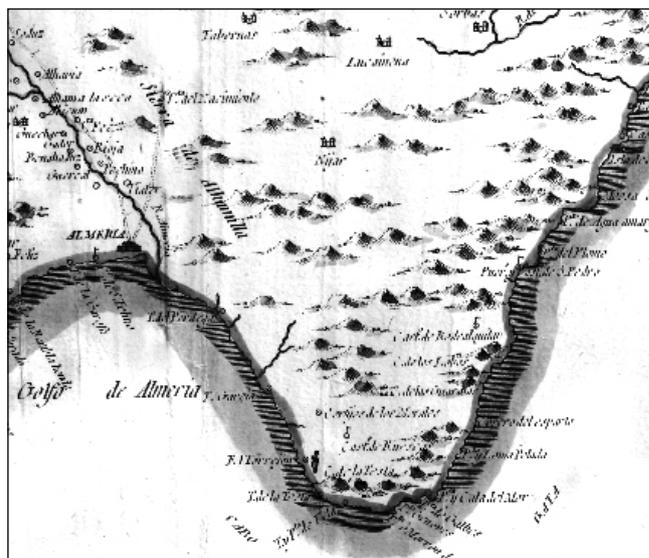
Ruta XXVII. De Adra a Jaén

Población	Leguas
Adra	
Dalías	3
Roquetas	4
Almería	4
Tabernas	5
Macael	2
Purchena	1 ½
Baza	7
Etc.	

ALMERÍA

Dejando Adra y cruzando las tristes llanuras arenosas, el Campo de Dalías, que podrían irrigarse fácilmente, se encuentra *Almería*, Murges, el Portus Magno de los antiguos, *Al-Meryah*, “la eminente”. Tanto para los romanos como para los moros era el “gran puerto” para el tráfico con Italia y con el Oriente y una de las más ricas ciudades fabriles. Bajo su jefe moro independiente, Ibn Maymum, era una Argel perfecta, un puerto pirata cuyas galeras asolaban las costas de Francia e Italia. En aquella época, según el refrán, Granada no era más que su granja: *Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería*.

Fue conquistada por los españoles el 16 de octubre de 1147 gracias esencialmente a la ayuda de los genoveses, impacientes por abatir aquel nido de piratas peor incluso que Tortosa. Léase un poema de Leonino Latino sobre la conquista (E. S., xxi, 399). ¡Fuit Ilion! Ya no es, como cantaba su panegirista árabe, “tierra donde al andar las piedras son perlas, oro el polvo y el paraíso los jardines”. Las casas son pequeñas, las mujeres y el clima africanos; la población está por debajo de los veinte mil habitantes. Una cierta animación ha venido a interrumpir esta decadencia desde la utilización de los vapores, que recalán aquí de vez en cuando. Los restos del castillo moro de Keyran se llaman ahora la Alcazaba: dominan la ciudad y fueron reparados por Carlos V, que instaló una campana para dar la alarma ante las incursiones de los piratas. El puerto no tiene muelle; los restos de uno construido por los moros deben haber sugerido la idea de realizar una mejora tan necesaria y recientemente se ha proyectado un malecón, pero sólo sobre el papel. Las atarazanas o astillero han dejado también vestigios. Almería es capital de la provincia y residencia de autoridades menores que se enriquecen fomentando el contrabando de Gibraltar; tiene catedral. A unas dos leguas, en la sierra, están los



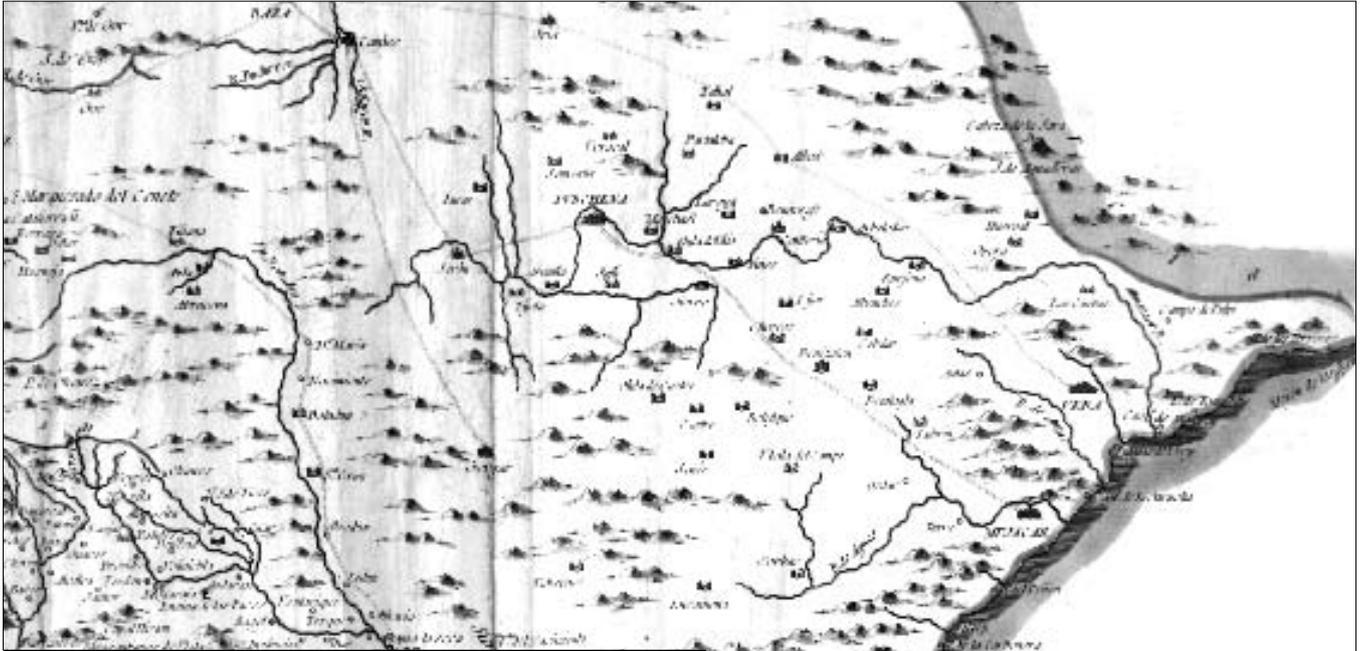
La zona de Almería y el Cabo de Gata, según se representó en el *Mapa del Reino de Granada*, de T. López y Vargas Machuca (1780).

baños de Alhamilla; son muy concurridos. Hay dos temporadas: del 1 de mayo al 30 de junio y del 1 de septiembre a finales de octubre. El comercio consiste principalmente en el tráfico del producto de las minas de plomo, el esparto y la barrilla, que crecen abundantemente en la llanura. Se da aquí el árbol del tinte, una especie de acacia de la que se hace una tintura.

El geólogo deberá visitar desde luego el cabo de Gata, o “cabo de Agata”, a 15 millas al sureste. Es el antiguo *Promontorium char-adem*, capuz sardii, sardónice. Es una roca formada de cristales, espatos y ágatas y de una extensión de ocho leguas por cinco. Visítese la cueva de la *Montaña del Bujo*, donde se encuentran amatistas. La *Vela Blanca* es un lunar de este color, un hito para los viajeros que pasan este Cabo batido por el viento, puesto que, según el proverbio náutico, “*En cabo de Gata cuida de la capa*”. Otros montículos reciben la nomenclatura religiosa tan común en España, como *el Sacristán* y *los dos Frailes*, equivalente a nuestro “clérigo y cura”, “pico del diablo”, etc. Los que vayan a Cartagena y no les guste el vapor pueden seguir la costa arenosa a caballo.

MACAEL-PURCHENA

Dejando *Almería* para ir a *Macael*, a nueve leguas, esta columna de mármol que se levanta a los pies de la *sierra de Filabres*, de donde la vista sobre la comarca entera es curiosa porque recuerda a una mar tormentosa que se hubiera petrificado súbitamente. *Macael* es



La zona nororiental representada en el *Mapa del Reino de Granada*, de T. López y Vargas Machuca (1780).

un bloque de mármol blanco de donde se extrajeron las miles de columnas que los moros levantaron en los patios de Sevilla y Granada; ahora, en el dolor de la atrofia y el marasmo, estas canteras apenas si son explotadas.

*Purchena* es históricamente interesante por haber sido la ciudad a donde se retiró Boabdil; le fue asignada en calidad de pequeña finca, y parte de su alcázar sigue aún en pie.

De aquí, el amante de la historia natural que no tenga miedo a lanzarse por terreno difícil, puede ir hasta el *Pozo Alcón*, donde comienzan los bosques de pinos, y seguir hasta *Cazorla*, que forma un punto de un triángulo con *Puebla de Don Fadrique*, que dista quince leguas. Los caminos no pueden ser peores en estos espesos bosques...

**Ruta XXVIII. De Almería a Cartagena**

Poblaciones	Leguas	
Almería		
Rioja	2	
Tabernas	3	5
Mojácar	5	10
Vera	2	12
Pulpí	4	16
Puerto de las Águilas	3	19
Etc.		



**VERA**

Esta ruta carece de interés y el alojamiento es pésimo. La costa está motejada de atalayas y las llanuras producen plantas de esparto y soda. La ruta va tierra adentro hasta Tabernas, dejando a la derecha el cabo de Gata; sale al mar cerca de *Mojácar*. *Vera*, Barea, el "fin" de la división *Tarraconense*, es puerto de mar de donde se exportaba grano, barrilla, esparto, etc., procedente de los ricos alrededores. El clima es delicioso, *hic ver perpetuum*; la población es de menos de ocho mil personas. Desde aquí se puede cruzar el Almanzora por el *cortijo de Pulpí* hasta el *Puerto de las Águilas*, un pequeño lugar que consta de dos calles que se cruzan al pie de una roca y un castillo, destinado por Carlos III a ser puerto de la zona hasta Lorca y Murcia. Una carretera para vehículos comunica esta parte con Lorca, a cinco leguas (...) Cruzando el *Almanzora*, a la izquierda, está la *sierra de Almagrera*, preñada de plata y ahora llena de mineros.

# 1834

## Frédéric LE PLAY



Torre de fundición de las Fuentes de Marbella, en Sierra de Gádor (Berja). (Reproducido de *La Minería de Sierra de Gádor*, de Lorenzo Cara, Berja, 2002).

(La Rivière, cerca de Honfleur [Calvados], 11-IV-1806 – París, 1882) Pierre Guillaume Frédéric Le Play perteneció a una familia modesta y acabó siendo una personalidad notablemente reconocida en el mundo de las ciencias técnicas y en el de la sociología naciente. Acabados sus primeros estudios, marcha a París a los diez y ocho años para seguir los cursos del Collège Saint-Louis, de la Escuela Politécnica y, finalmente, de la Escuela de Minas, donde obtiene el título de ingeniero. Después obtiene el permiso para emprender un viaje de doscientos días a Prusia y a otros estados alemanes para estudiar la organización del trabajo en las minas. Allí queda impresionado por el mundo obrero y sus realidades sociales. Desde este momento su carrera se encauza en un doble aspecto: por una parte la enseñanza y el estudio de la metalurgia, por otra tratará de establecer alguna solución al establecimiento de un orden social entre patronal y obreros. De 1830 a 1850 es subdirector e inspector de estudios en la Escuela de Minas. Durante este periodo emprende numerosos viajes por Europa, en España el gobierno le nombra responsable de establecer una carta geológica del país, también realiza otros trabajos en Bélgica y en Rusia. Debido a su experiencia científica, administrativa y de organización fue nombrado Comisario General de la Exposición Universal de 1855, responsable de la sección francesa de la Exposición en Londres en 1862 y, sobre todo, se le encarga la organización de la de París de 1867. Es nombrado senador en este mismo año. Su preocupación por la paz social en un siglo repleto de revueltas y caracterizado por la llegada de la sociedad industrial, le llevó a estudiar las distintas sociedades europeas y a interesarse por las condiciones de la estabilidad social.

Su viaje a España tiene lugar en el año 1833. En la provincia de Almería se detiene especialmente en la descripción de la explotación de las minas de plomo de las Alpujarras. Esta obra se publicó en 1834 con el título “Itinéraire d’un voyage en Espagne, précède d’un aperçu sur l’état actuel et sur l’avenir de l’industrie minérale dans ce pays (20 avril-15 juillet 1833)”, en *Observations sur l’histoire naturelle et sur la richesse minérale de l’Espagne*, y en *Annales des Mines*, serie tercera, V, 1834, pp. 230-233, de donde lo hemos recogido.

### MINAS DE PLOMO DE LAS ALPUJARRAS

**E**s en las cadenas de las Alpujarras, las más cercanas al mar, es decir en la sierra de Lújar, en la Contraviesa, y sobre todo en la sierra de Gádor, que se han desarrollado las explotaciones de galena, sobre las cuales yo he dado algunos detalles generales al comienzo de este itinerario. A pesar de la actividad que, desde doce años, reina en estas explotaciones, yo no he percibido en el país ningún síntoma de una próxima decadencia. En la sierra de Gádor, un gran número de minas, muy prósperas hace algunos años, están en verdad hoy día agotadas; pero cada día se descubre nuevas

vetas. Esta montaña está principalmente compuesta de las mismas calizas compactas que, asociadas a los esquistos arcillosos y atravesadas accidentalmente por las masas de yesos, de serpentinas, de brechas calizas y de dolomías, forman en gran parte las cadenas que bordean la ribera del Mediterráneo desde Almería hasta el estrecho de Gibraltar. Se puede ver los distritos más ricos de la Sierra, tales como la loma del Sueño, como compuestas de un auténtico amigdaloides de pasta caliza y de gruesos núcleos de galena. Las vetas metalíferas están allí tan cercanas la una de la otra que es raro que un pozo abierto al azar no encuentre mineral antes de profundizar 100 metros. Sería necesario talmente que los minerales estuviesen a punto de faltar, que hoy



Hornos castellanos de fundición real (Foto de L. Cara).

las explotaciones no están embarazadas más que de la abundancia de sus productos.

Desde hace dos años, a fin de prevenir una mayor depreciación de los minerales, han determinado de común acuerdo no trabajar las minas más que durante seis meses cada año; este convenio, bastante notable en un país donde reina, entre un gran número de intereses, una concurrencia ilimitada, ha producido ya felices resultados: ha puesto fin al malestar que había brotado en la fábrica, desde el año 1828, una producción desordenada. Ésta es una manera de asociación de las explotaciones de la Sierra, y sobre todo la de las principales casas de comercio de Adra y de Almería, que necesita atribuir el alza que tiene lugar hoy en el precio del plomo. Del resto, todos los fabricantes no han entrado en la coalición, y los precios de coste son muy inferiores a los precios de venta, no es probable que éstos se sostengan durante largo tiempo a la tasa actual.

## NUEVOS MINERALES

Desde hace más de un año se comienza a sacar partido de una clase de minerales de los que hasta aquí se había desconocido la utilidad: voy a hablar de plomos carbonatados compactos, a menudo exentos de toda materia terrosa. Desde que se ha inventado tratarlos en la fundición de la Alquería cerca de Adra, los arrieros llevan a esta fábrica de todos los puntos de la Sierra. Me ha sido fácil recoger, en muy pocos días, una colección de muestras procedentes de 40 localidades diferentes. El perfeccionamiento de los procesos metalúrgicos, y sobre todo de la fundición en los hornillos de mango, permite ahora

tratar ventajosamente un gran número de sustancias descuidadas hasta aquí, tales como los menudos de minas, las mugres de hornillos reverberos y, sobre todo, las de las antiguas fundiciones reales.

## TRATAMIENTO DE LOS MINERALES

Las galenas de la sierra de Gádor y las que se explotan aún en pequeña cantidad en la sierra de Lújar están fundadas en el estado donde sacan las minas, y sin estar sometidas a ninguna especie de preparación mecánica. El estado de las vías de comunicación en un país totalmente montañoso hasta la orilla del mar, no permite hacer ningún transporte con ayuda de carruajes; numerosas tropas de asnos y de mulos descienden cada día de la Sierra para llevar los minerales a las fábricas o son empleados en transportar los plomos a los puertos de Adra, de Roquetas o de Almería.

El tratamiento de los minerales se hace en 31 fábricas, comprendiendo 69 hornillos reverberos y 58 hornillos de mango, pero estos talleres no están nunca todos a la vez en actividad. Exceptuando dos fábricas donde uno se sirve ventajosamente de los hornos, no son más que anexos poco importantes de cada fábrica. La casi totalidad del plomo es producido en los hornillos reverberos donde el trabajo metalúrgico, muy apropiado a las circunstancias locales y sobre todo a la naturaleza de los combustibles de la Sierra, no deja nada de desear.

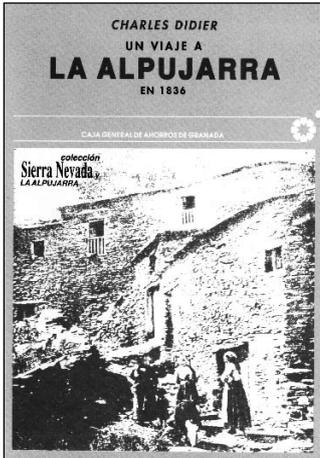
## RENDIMIENTO DE LOS MINERALES

En general, los minerales rinden el 66 por 100 en los hornillos reverberos españoles; se obtiene constantemente el 70 por 100 en los de la hermosa fábrica a la inglesa establecida en la playa de Adra. Hoy, en las fábricas de la sierra de Gádor el plomo se fabrica por procesos muy variados sobre los cuales yo he recogido algunas notas. No será acaso sin interés hacer objeto de una noticia especial en la cual yo procuraré dar a conocer las ventajas que tendría tratar los mismos minerales en nuestros departamentos meridionales. Varias personas han pensado ya en este proyecto: no conozco empresa que tenga más posibilidades de éxito.

Una grave enfermedad tenida de repente puso fin a los estudios que había comenzado sobre la sierra de Gádor, he sido obligado a volver a Francia por vía marítima: a mi gran pesar he debido renunciar al proyecto de visitar el cabo de Gata, así como las costas de Murcia, de Valencia y de Cataluña...

# 1836

Charles DIDIER



(Ginebra, 1805-París, 1864). Literato, periodista y diplomático, tuvo por maestros al botánico Agustín Piramo de Candolle y al economista italiano Conde de Rossi. A partir de 1826, en calidad de corresponsal para el *Courrier de Léman*, viajó por Europa, África y Arabia, dejando cuantiosas descripciones de los países que visitó. En 1835 recorrió España, dejando plasmadas sus vivencias en “L’Espagne en 1835” (París, *Revue des Deux Mondes*, 4ª série, tome V, 15 Mars 1836 et tome VI, 1 Juin 1836; pp. 730-756, 578-603), en 1837 publica *Une année en Espagne* (París, Dumont).

En el verano de 1836 recorrió la Alpujarra a caballo, acompañado de un hombre que hizo de guía y escudero, y de dos carabineros de la Real Hacienda. Al llegar a Almería se despidió de sus acompañantes y contrató a un nuevo que le escoltó el resto del itinerario. En 1845 publicó un extenso artículo sobre este viaje (“L’Alpuxarra”) para la *Revue de Deux Mondes* (Nueva serie, 14º año, tomo XI, 1º Agosto y 1º Septiembre, 1845; pp. 487-518 y 812-841), basado en las notas que tomó en su visita al lugar, enjuició de modo objetivo, crítico y exigente, la dramática situación económica, social y cultural de esta zona. La narración esta dividida en dos bloques, el primero lo dedica a recordar la rebelión de la Alpujarra (del que nosotros hemos prescindido), y en el segundo cuenta las peripecias del viaje. El texto, uno de los más antiguos que existen sobre la Alpujarra, es una mezcla entre historia, tradición, leyenda, descripción y poesía.

El itinerario consistió en el ascenso a la Alpujarra granadina y el descenso por la almeriense. De ésta última visitó: Benínar, Berja (donde pasó la noche en una posada tan fétida que se vio obligado a dormir en la azotea), Dalías, Campo de Dalías, Roquetas, Cañarete, Almería (describe su catedral, la vestimenta de los campesinos, la naturalidad del contrabando y nos narra la historia de la ciudad), Huércal, Laujar, Fondón, Presidio, Padules, Canjáyar, Almócita, Beires, Ohanes, Fiñana. Didier se quejará constantemente del insostenible calor, de la mala comida y del salvajismo de los habitantes, sobre todo de algunos pueblos almerienses. De Almería capital dirá que le gusta la ciudad, pero no sus habitantes, pues son incultos y poco sociables.

El texto que vamos a reproducir a continuación, *Un viaje a la Alpujarra en 1836: Charles Didier*, lo hemos copiado de las páginas 57-92 y 104-137, del volumen nº 7 de la colección Sierra Nevada y la Alpujarra, editado en Granada en 1993, por la Caja General de Ahorros, cuyo estudio preliminar lo ha realizado Miguel Carrascosa Salas.

**L**os geógrafos españoles nombran sin razón bajo el nombre general de *Alpujarras* a toda la parte del reino de Granada situada entre el Mediterráneo y Sierra Nevada, y añaden que, al compartir todos los climas, desde los ardores de África hasta el frío de las regiones polares, reúne en el espacio de algunas leguas la espléndida vegetación de los trópicos y los escasos líquenes de Groen-

landia. Esto no es cierto o sólo lo es en parte. La *Alpujarra*, y no las Alpujarras, no linda con el mar cuyo litoral pertenece por este lado a las dos ciudades de Almería y Adra; surcada por extensas montañas en toda su amplitud, esta provincia no ofrece ni la variedad de climas, ni los contrastes de vegetación que se le atribuyen en los libros. Lo más que se puede decir al respecto es que goza de una temperatura saludable, que tiene excelentes



Itinerario de Didier por tierras almerienses, representado en el mapa de T. López: Mapa geográfico del Reino de Granada (1795).

pastos, abundantes aguas e innumerables minas, sobre todo en la sierra de Gádor, donde, si creemos el adagio del lugar, se encuentra más plomo que piedras. La población de la Alpujarra se divide en doce *tabas* o distritos que comprenden cuarenta y ocho pueblos o aldeas cuya cabeza es Ugíjar.

La Alpujarra es para España, tanto física como moralmente, lo que los *Cevennes* son para Francia; su nombre incluso, *Abujarra*, significa en árabe tierra pendenciera y guerrera. Este epíteto se explica por la actitud bélica de los cristianos que se mantuvieron armados en la Alpujarra, mucho tiempo aún después de que España entera estuviera bajo el poder de los moros. Protegidos por las asperezas de un suelo montañoso, no fueron jamás totalmente sometidos y sólo depositaron sus espadas con la condición expresa de conservar el libre ejercicio de su culto; poco a poco, sin embargo, lo abandonaron y se les vio convertirse insensiblemente, pero voluntariamente, a la ley de Mahoma. Siete u ocho siglos más tarde la Alpujarra ofrecía la contrapartida de aquella obstinada resistencia: la tierra donde los últimos cristianos habían encontrado un asilo sirvió de refugio a los últimos musulmanes que se defendieron en ella valientemente y durante mucho tiempo. Estas incesantes agitaciones le han valido un sitio en la historia, e incluso en el arte, gracias a Calderón, quien alabó a sus héroes en una de sus comedias más caballerescas y amorosas: *Amar después de la muerte y el sitio de la Alpujarra*<sup>107</sup>.

Encontrándome en Granada, tenía curiosidad por ver con mis ojos esta región agreste, tan poco visitada, tan poco conocida, aunque famosa por tantas razones. Como debe su reputación en gran parte a la última insurrección de los moros, la del siglo XVI, recordaremos rápidamente los principales acontecimientos de este sangriento suceso. Los recuerdos aumentarán así el encanto y las emociones del viaje; conociendo el drama, se recorre el teatro con más interés.

(...)<sup>108</sup>

## II

Salí de Granada el 4 de julio a las cuatro de la mañana: era la época de los grandes calores, teníamos que



Escenas de los mártires de la Alpujarra durante la rebelión morisca de 1568-70. (Grabado de Heylan. 1624).

aprovechar las primeras horas del día; desde las ocho el sol está quemando. Monté un caballo de alquiler bastante bueno. El inevitable mozo, que acumula las funciones de escudero, furriel y de guía, me seguía sobre una mula repropia cargada con mi ligero equipaje. Como el país está lejos de ser seguro (¿qué región está segura en España?), el intendente de Granada, que era entonces el Sr. Alejandro Mon, hoy ministro de Hacienda, me había dado como escolta a dos carabineros de la Real Hacienda, bien montados y armados hasta los dientes. Tenía yo mismo en mis fundas un par de fusiles y de mi silla colgaba un retaco o especie de trabuco muy corto que los contrabandistas llevan bajo su abrigo y que se cargan hasta la boca. Sólo hablo como recuerdo de un yatagán moro que brillaba en mi cintura. Todo esto reunido no dejaba de componer un arsenal muy respetable, pero era necesario ya que en esta bienaventurada España se va de excursión como a la guerra. La pequeña caravana sólo fue completa en Armilla, pueblo situado a una legua de Granada; uno de los carabineros se había hecho esperar, la mula no estaba cargada a la hora fijada, ¿que sé yo aún? Si, como lo afirma el sabio Franklin, el tiempo es el tejido

<sup>107</sup> N.A. M. Damas Hinard ha realizado recientemente una enérgica y fiel traducción en francés de este drama de Calderón.

<sup>108</sup> Comienza una extensa narración de los principales acontecimientos acerca de la rebelión de los moriscos (1568-1570), que hemos obviado.

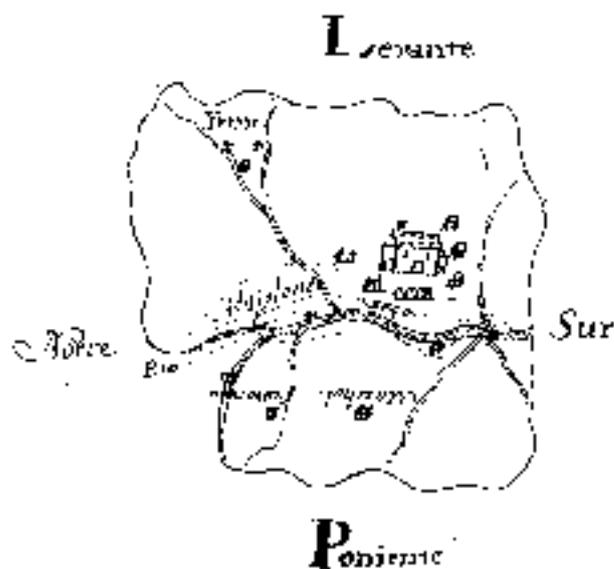
de las cosas, se puede decir del español que corta de lleno en el paño, nunca tiene prisa; ¿no llegará siempre bastante temprano? ¡Mañana! y ¿qué importa? son las dos palabras favoritas del vocabulario y de la filosofía peninsular; un viaje más allá de los Pirineos es una escuela de paciencia y de resignación.

(...)<sup>109</sup>

## DE BENÍNAR A BERJA Y DALÍAS

Todo lo que sé es que seguíamos siempre la orilla de la Alpujarra a través de los pliegues y repliegues de la Contraviesa. Todos estos desfiladeros se parecen, salvo uno sin embargo que me impresionó y que oí nombrar, si recuerdo bien, Burdamarela. Imagínense dos crestas de rocas rojas, talladas y recortadas de la manera más rara, unas en forma de aguja, otras de cúpulas, o bien como fantásticas estatuas, todas igualmente pintorescas; un riachuelo rojo también, y que se podría tomar por un río de sangre, cae en cascada a lo largo de sus descarnados flancos y va a hacer girar en el fondo de este abismo, digno del infierno de Dante, el más prosaico de todos los molinos. Por un contraste extraño y encantador, una alta y bella joven de ojos negros, de dientes blancos, la primera cara humana que encontraba en el día, vino a ofrecerme amablemente el agua que había sacado en un vaso de madera; no podía desde luego hacerme un regalo más agradable y sólo quiso aceptar a cambio un sitio en mis oraciones por la pobre alpujarreña, por la pobre habitante de la Alpujarra.

¿De verdad era la hija del molinero o más bien era el hada buena de los viajeros? El mozo socarrón pretendió, él, que era una bruja y que había echado un maleficio sobre su mula, porque ésta perdió un hierro en el encuentro. Tuvimos que dejar la hondonada y subir al caserío perdido de Barita, donde no se encontró ni herradura, ni herrador; tuvimos que seguir más mal que bien hasta Benínar, donde fuimos más afortunados. Estos dos pueblos, situados el uno y el otro encima del ancho río Adra que se cruza sin puente, ni que decir tiene, pertenecen a las antiguas tahas de Cebel o Zueyel y están hoy en los límites de la Alpujarra. ¡Pero, Dios, que pueblos! renuncio a describirlos. Imagínense todo lo que puedan lo más desolado, lo más desesperado, y todavía quedarán debajo de la realidad. Y los habitan-



Croquis de Benínar en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

tes, ¡qué aspecto más salvaje! ¡qué abandono de ellos mismos! ¡qué harapos! ¡qué ignorancia de todo! Olvidados por la civilización en medio de rocas estériles que rascan de padres a hijos para que rindan un poco de trigo, un poco de vino, las cosas de primera necesidad; están tan lejos de la civilización como si vivieran en los altos valles del Atlas o del Himalaya.

Nuestra irrupción en Benínar fue un acontecimiento: la tienda, ¿qué digo?, la cueva del herrador fue pronto asediada, invadida por la población entera. Las mujeres eran las más curiosas y las más inoportunas; todas a la vez tiraban de mis ropas para saber de qué tejido estaban hechas, y si yo era de carne y hueso como todo el mundo. Mientras tanto, los niños con camisa o sin camisa, me subían por las piernas, y sus padres y sus abuelos echaban a escondidas unas sombrías y hurañas miradas sobre mi escolta y sobre mí. No hay ninguna duda de que, si hubiera estado solo, estos beduinos de España habrían ido a esperarme, con la escopeta en mano, en la esquina del primer bosque o del primer peñasco. Aquel día, estoy profundamente convencido de ello, debí mi vida a los dos carabineros de la inocente Isabel<sup>110</sup>.

Había andado todo el día en el fondo de barrancos ahogados, tenía necesidad de aire y de espacio;

<sup>109</sup> Continúa por la vega y Alpujarra granadinas.

<sup>110</sup> Se refiere a la futura Isabel II, entonces tutelada por su madre, la reina regente María Cristina de Borbón, viuda de Fernando VII.



Croquis de Berja en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

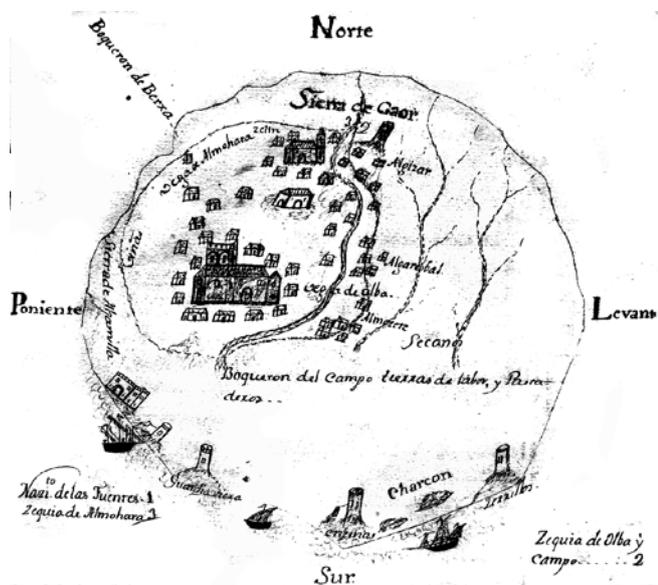
mi deseo fue cumplido: la larga y penosa costa de San Roque me condujo sobre una extensa meseta descubierta donde el horizonte se abrió de golpe ante mí. La sierra de Gádor me apareció desde allí en toda su extensión. No es, desde luego, una vista alegre; al contrario, esta montaña famosa por sus minas de plomo, no lo es menos por su sequía. No descubrí ni un solo árbol, pero esta aridez incluso no carece de una cierta grandeza. Desde la meseta de San Roque, se baja a los bellos campos de Berja, es decir que se pasa bruscamente y sin transición de África a Italia; digo Italia porque he encontrado en Berja escenas y sitios campestres que no he visto en ninguna otra parte en España: en general, España es muy poco campestre. Aquí, como excepción, las villas y granjas están coquetamente dispuestas como en Toscana y escondidas a medias bajo la sombra de las higueras y de los olivos; la vid está sostenida por unos pilares blancos y cae en guirnaldas cargadas de racimos; los granados y las adelfas sirven de cerca y forman unos encantadores macizos en las orillas del camino. La luna se había levantado y echaba sobre esta fresca y alegre naturaleza unas luces misteriosas; la sierra de Gádor destacaba en negro sobre el fondo estrellado del cielo.

El anfitrión, con quien traté aquella noche, no era compatriota; no me resultó ni mejor ni peor: la posada de Berja iguala la de Órgiva. El tugurio que me dieron bajo el pomposo nombre de cuarto caballero era tan exiguo, tan sofocante, tan fétido y la cama me pareció tan sospechosa que me refugié en la azotea y pasé la

noche al raso, envuelto en mi abrigo. El dueño no se molestó por esto de ningún modo. El posadero español no compromete por tan poca cosa su majestuosa gravedad y su sublime indiferencia; nada lo altera, nada lo asombra; su flema es magnífica, su frialdad impone, su acogida es la de un palatino; lejos de desear la bienvenida a los viajeros, apenas les honra con una mirada. Su casa está abierta, entren, en cuanto al resto, ustedes han de suplirlo.

El día se había levantado desde hacía tiempo, cuando partimos el día siguiente para Dalías; hice el camino, que sólo es de una legua, pero una legua de España, con las campesinas que llevaban alegremente al mercado en unos pequeños cestos de esparto, verduras, frutas, y sobre todo higos y, ya, uvas. No tenían la gracia ni la belleza de las mujeres de Lanjarón (sólo hay un Lanjarón bajo el cielo de España), pero era el mismo desenfado, las mismas palabras libres y arriesgadas. Sus refajos cortos y recogidos hasta media pierna les daban un aire ligero y provocativo; sus ojos negros poco tímidos lanzaban bajo su rústica mantilla de lana unas maliciosas miradas. Mi presencia las intrigaba, sacaban aparte a mi escolta y la agobiaban de preguntas por lo menos indiscretas. ¿Quién era? ¿de dónde venía? ¿a dónde iba? Mis carabineros mismos no sabían tanto. Lo que era cierto es que no era un reclutador de su majestad *don Carlos-Quinto*. La protección oficial de la *Real Hacienda* respondía de mi ortodoxia política. Decidieron (y si no era muy heroico, por lo menos era seguro), que era algún administrador o por lo menos un inspector, controlador, contador ¿qué sé yo? En España todo el mundo es funcionario en "or".

Dalías es una gruesa aldea bastante bien abierta, suficientemente airada y edificada sobre los primeros planos de la sierra de Gádor, es decir, totalmente en llanura. Su nombre quiere decir "parra" en árabe, y todavía hoy las uvas de Dalías son exquisitas. Estuvo ahí, dicen, el primer establecimiento fijo de los moros venidos de África. Muchos siglos más tarde, durante la revuelta de los moriscos, los cristianos escapados de la primera matanza se refugiaron en una vieja torre desmantelada donde se defendieron valientemente durante tres días y tres noches. Al fin, los sitiadores le prendieron fuego y, amenazados con ser quemados vivos, los sitiados pidieron capitular. Juntando la burla a la crueldad, los monjes les contestaron que puesto que no podían pasar por la escalera ya quemada, no tenían más que pasar por la ventana y que se les re-



Croquis de Dalías en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

cibiría abajo “a composición”. La torre era muy alta, pero acosados por el fuego que ya les envolvía por todas partes, los desgraciados cristianos acabaron por precipitarse. Unos se mataron, otros se rompieron los miembros; todos, incluso las mujeres y los niños, fueron acabados a cuchillazos. He aquí lo que los monjes llamaban recibir “a composición”.

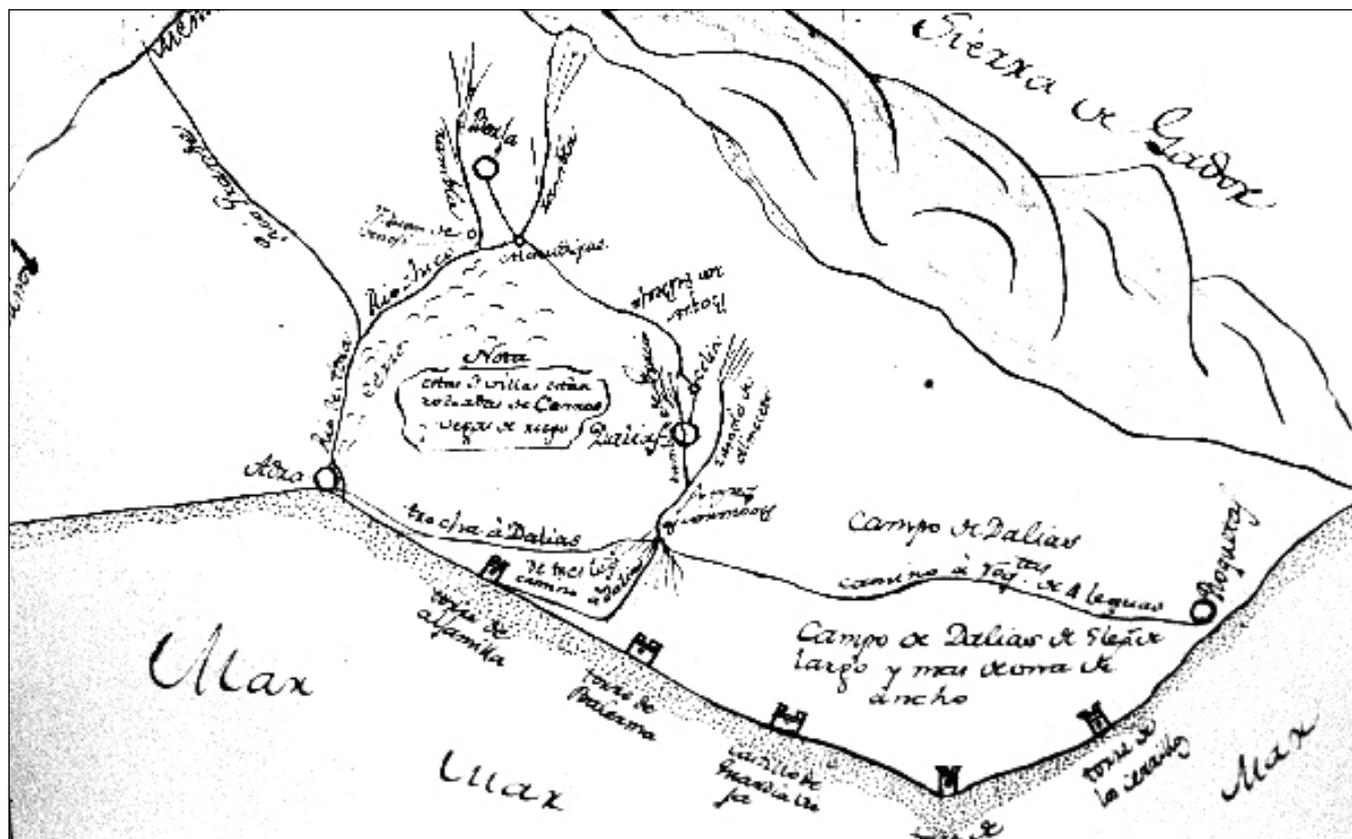
## DE DALÍAS A ALMERÍA POR ROQUETAS Y EL CAÑARETE

A la salida de Dalías, pasamos por un estrecho desfiladero plantado de higueras y que estaba cubierto de mulas y de caballos muertos. Una epizootia fulminante había estallado algunos días antes y varios convoyes de bestias de carga habían sido cruelmente diezmados en este mortífero barranco. Tal es el abandono español que no habían siquiera pensado en quitar estos cadáveres, cuya putrefacción acababa de envenenar el aire. Crucé este espantoso vertedero tan pronto como me lo permitía el mal camino y, al salir felizmente de la garganta homicida, desemboqué en una inmensa llanura estéril, desértica, quemada por un verdadero sol de los trópicos. Ni un árbol, ni siquiera un arbusto; el Mediterráneo aún invisible está al fondo, la sierra de Gádor corre a la izquierda, a la derecha se extiende hasta perderse de vista una landa abandonada, algunas fábricas de plomo aparecen de lejos en lejos y el humo negro que se escapa de ellas ensucia el azul brillante del cielo. Este campo de fuego se llama Campo de Dalías y lleva el nombre

vulgar de *Cantaranas*; haría falta llamarlo más bien *Cantacigarras*, pues no oí en todo el día más que el grito metálico y molesto de este inoportuno insecto. Una taberna aislada, la Venta del Campo, se eleva en medio de este desierto africano y, aunque sea la morada de la sed, del hambre, de peor aún, es una alegría encontrar un refugio, incluso éste, contra los ardores de esta zona tórrida. ¡Qué miseria! ¡qué indigencia! Ni un trozo de pan, apenas un poco de paja para los animales y algunas gotas de un agua salobre, espesa, nauseabunda, que en cualquier otro lado se hubiera rechazado con asco; pero en la Alpujarra, a mediodía, con un calor ecuatorial, se conforma uno con poco. Un helado de Tortini hubiera valido allí..., no me atrevo a decir cuánto, y se entiende porqué la bella duquesa de Alba, al viajar por España, se hace seguir por su heladero.

Teníamos que partir de nuevo, pues quería dormir esta misma noche en Almería, de donde estaba aún lejos. La llanura sigue, el calor también; ni un movimiento de terreno, ni una nube en el cielo. Las monturas iban jadeantes, el mozo pretendía, jurando y mascullando, que asesinaba a sus bestias y arruinaba a su patrón. Uno de los carabineros dormía apaciblemente sobre su silla, el otro intentaba en vano tener una buena compostura, sus ojos se cerraban muy despacito y su barbilla golpeaba su pecho. Llegamos así hasta Roquetas, antigua fortaleza, que ya no es más que un pueblo donde se carga la sosa y mucho plomo para Francia. Desde allí se alcanza la orilla extrema del mar que se sigue algún tiempo, y pronto se inicia la famosa subida del Cañarete, estrecha garganta, escarpada, que se eleva en zigzag y serpentea penosamente sobre las laderas de una montaña vertical; es un sitio horroroso, terrible; unos peñones desnudos, descarnados, se erigen por todas partes como gigantescos esqueletos, y el mar rompe a su pie con un ruido lúgubre; un viento perpetuo hace volar en el espacio la espuma de las olas y muge sordamente en las fisuras de la roca; las chovas y las aves de presa aumentan con su grito salvaje el horror de este lugar formidable. El sendero es tan rápido que fueron necesarios muros de contención para hacerle practicable; pero, aún a pesar de esta precaución necesaria, indispensable, el vértigo se adueña de las mejores cabezas.

Un paso así es tallado muy precisamente a la comodidad de los malhechores y de los guerrilleros de todas clases, aunque solamente hagan la guerra a los viajeros o al fisco; por eso la leyenda del lugar es rica en relatos de emboscadas, sorpresas, hechos de armas de más de una clase. En la proximidad de este peligro-



Croquis del campo de Dalías (actual comarca del Poniente) dibujado en 1779.

so paso, mis dos carabineros se habían despertado del todo; incluso habían tenido cuidado de refrescar el pistón de su carabina y de sus pistolas; por mi parte había hecho lo mismo. La prudencia, si no el temor, estaban permitidos; poco tiempo antes, siete guarda-costas habían sido asaltados por completo por unos veinte contrabandistas, lean diez para no exagerar nada. La aventura de la víspera se podía repetir al día siguiente, pues aquí el contrabando no es un hecho aislado, sino un hecho permanente de cada día; así son las cosas en estos parajes, todo el mundo contribuye a ello, desde el ministro que deja hacer, y con su cuenta y razón, hasta el vagabundo sin casa ni hogar que paga con su persona y afronta la escopeta de los aduaneros por una docena de cigarros o un madrás inglés. Pero la jornada transcurrió sin problemas, no tuve ni siquiera, ¡por desgracia!, la emoción de un encuentro sospechoso.

Una vez en el punto culminante del Cañarete, la belleza de la vista compensó los cansancios de la mañana; el ojo planea sobre la extensión de mar comprendida entre la punta Elena y el promontorio volcánico de Gata, antiguamente cabo de Carideño. Pronto aparece la ciudad de Almería, armoniosamente sentada en el fondo de

una rada en forma de herradura. Las crestas azules de las dos sierras de Filabres y Algamilla [Alhamilla] atraviesan la nube como las almenas de una ciudadela levantada contra el cielo por el orgullo de los Titanes. Al caer la noche, este magnífico panorama se cubrió de un vapor de oro que pronto pasó al púrpura, y las brisas marinas nos hicieron olvidar con su frescor vivificante los ardores tropicales de las landas de Dalías. La luna rompía sus pálidos rayos en el espejo ondulado del Mediterráneo. Los caballos habían recuperado ánimo y no se resentían de las duras pruebas de la jornada; el mismo mozo ya no juraba y los carabineros entonaron unas coplitas.

La coplita es una romanza de cuatro versos, lo más a menudo improvisada y cantada, sea alegre o triste, sobre un aire invariable; este aire sacramental es una cantinela monótona un poco salvaje, a menudo desafinada y no tiene a su favor más que esta especie de originalidad que constituye el color local. Dicho sea, sin molestar a mis dos caballeros del fisco, improvisadas o no, sus coplitas dejaban mucho que desear desde el punto de vista de la música y de la letra; sus voces, por otra parte, no las beneficiaban. Una de ellas, sin embargo, me pareció mejor que las demás y me quedó en la memoria: es el

Camino de la costa cerca de Adra (El Cañarete), grabado de Bayley en 1891.



lamento amoroso de un preso, digámoslo todo, de un galeote, presidiario, que sólo tiene su corazón para dar, pero que al darlo, cree aún hacer un regalo de valor. Para no deshonrar al ser amado, apresurémonos a aclarar que la pena del presidio no acarrea en España la infamia que deja entre nosotros. He aquí el cuarteto de los carabineros tal como lo cantaban; si falta el compás, que echen la culpa a los cantantes, no a mí: cito literalmente.

*No soy duque, conde, ni marqués,  
soy un pobre presidiario;  
mas un corazón quien sufre y calla  
no se encuentra donde se quiere.*

El sentimiento expresado en estos versos no carece ciertamente ni de dignidad ni de orgullo; representa fielmente la soberbia nativa, la personalidad caballeresca, pundonorosa, del pueblo, del verdadero pueblo español. Los ecos de la noche repetían aún las últimas notas de la coplita militar, cuando llegamos ante Almería. La puerta de la ciudad iba a cerrarse, pues era tarde. La gente del campo estaba ya acostada y la de la ciudad en gran parte, así que no fue sin trabajo y, sobre todo, sin esperar (en España siempre se espera), que logré hacerme abrir la posada de San Fernando.

### III

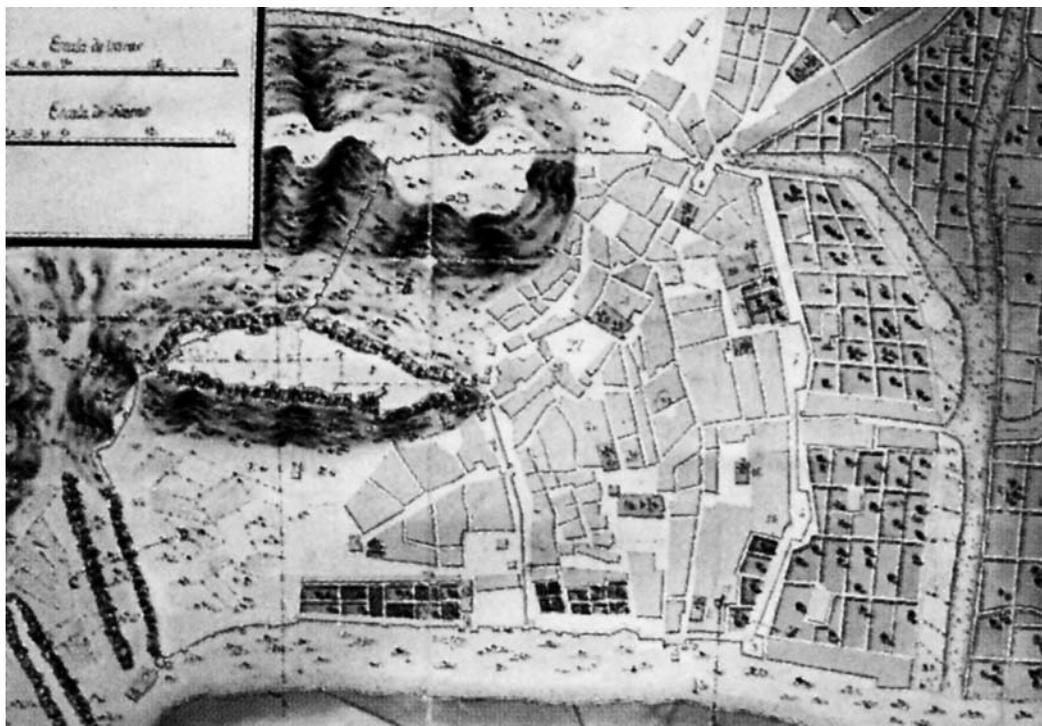
#### ALMERÍA

Según la opinión común, que me perdonen por resumirlo en dos palabras, Almería es una ciudad fenicia, su primer nombre fue Puerto Grande; los romanos la bautizaron Urci, después se llamó Viji, y su nombre actual que debe a los primeros moros desembarcados en España, quiere decir espejo en árabe. Hermana mayor de Granada, Almería fue su rival y brilló mucho tiempo antes que ella, testigo este viejo adagio popular:

*Almería era Almería  
Granada era su alquería.*

Independientemente de sus productos agrícolas, tenía grandes manufacturas de tejidos de seda, de oro y de plata; su comercio era tan extendido, tan próspero, que la llamaban la Llave de Ganancia. En 1147, los genoveses sitiaron esta ciudad con un ejército compuesto de sesenta y tres galeras y de ciento sesenta y tres navíos de transporte; a pesar de tener unas fuerzas tan imponentes, sólo lograron su empresa gracias a la ayuda del rey de Castilla y del conde de Barcelona, cuyas tropas atacaron la plaza por tierra, mientras que ellos la asaltaban por mar. Tantos esfuerzos reunidos contra una sola ciudad dan una idea de su potencia! Aunque llevado con rigor, el sitio duró mucho tiempo. La defensa de los moros fue heroica, pero inútil; sucumbieron. Tomada por asalto, Almería fue saqueada. El botín fue inmenso, entre otras riquezas, los vencedores se llevaron la famosa copa de esmeralda, sacro catino, que hizo el viaje a París bajo el imperio, y que, restituida a Génova en 1815, está hoy devotamente guardada en el relicario de la catedral. Éste es el origen que don Diego de Mendoza, en su *Historia de la Guerra de Granada*, y los cronistas mejores informados, atribuyen a la valiosa reliquia de San Lorenzo; pero si creemos a los genoveses, el sacro catino habría sido conquistado en Cesarea, en el tiempo de las cruzadas, muchos siglos antes y, según ellos, habría figurado entre los presentes ofrecidos a Salomón por la reina de Saba; incluso es en este maravilloso plato donde el Redentor del mundo habría compartido el cordero pascual con sus discípulos. ¿A quién se piensa glorificar con tales ilusiones?

Volvamos a Almería y pasemos de las fábulas de claustro a la realidad de la historia. Conquistada por los Reyes Católicos dos años antes que Granada, Almería murió del golpe o, por lo menos, desde entonces



La ciudad de Almería a finales del s. XVIII (1776).

no hizo más que vegetar y languidecer. Su suelo sigue tan fértil, su clima tan propicio, su bahía tan segura; pero falta la vida, y todo falta con ella. No más comercios, no más industrias, la agricultura ha quedado en la infancia. A las ricas e intrépidas galeras de la edad media han sucedido malos barcos de cabotaje cuyas columnas de Hércules eran Alicante y Málaga. Las grandes manufacturas de telas preciosas han dejado sitio a unas miserables fábricas de espartería que ocupan a la población pobre, es decir, poco más o menos a todo el mundo. Me enseñaron con gran pompa y como algo extraordinario una fábrica de cerusa y otra de perdigones que me parecieron poco florecientes. El que no vive de los talleres o del campo vive de la pesca, sin perjuicio por el contrabando, que es la industria madre y reconocida del país; apenas se esconden de ello. Si no lo hiciera, se dice cada uno, mi vecino lo haría en mi lugar y el fisco no ganaría con ello. Esta cómoda lógica deja las conciencias tranquilas.

### El contrabando

No crean, cuando les hablo de contrabando, que se practica aquí clandestinamente como un tráfico vergonzoso y culpable del cual uno enrojece; no, se practica a plena luz, a mano armada, tan públicamente como si se tratara de la especulación más natural y más lícita. Se anuncia un desembarco; tres o cuatrocientos jinetes, a menudo más, aparecen como por arte de ma-

gia y, bien montados, bien armados, se colocan en fila sobre la costa para recibir el fraudulento cargamento en el desembarque.

¿Qué querrían que hiciera un puñado de aduaneros contra un ejército? ¿Qué muriera?... En España no se es tan heroico, es preferible compartir... Diecinueve veces de cada veinte, la aduana es cómplice y coge su parte del botín. Hay para todos; ¿no es necesario que todo el mundo viva? Una vez desembarcados, los fardos se cargan tranquilamente sobre unas mulas y conducidos en buen orden y bajo buena escolta a su destino. Claro que se practica el contrabando también en los Pirineos y en la frontera con Portugal, pero comparadas con las expediciones del sur, las del norte y del oeste caen en las infinitamente pequeñas. Mientras estaba en Almería, se hablaba de un convoy de ochocientas mulas y algunos meses antes, seiscientos contrabandistas de los alrededores se habían dejado sorprender en el río Tabernas, al pie de la sierra de Filabres. Aquella vez el fisco había sido puesto sobre las huellas de los defraudadores, no por sus agentes o sus espías, sino por unos envidiosos; pues es de notar (y es aquí uno de los rasgos de esta extraña industria) que, cuando una ciudad o un pueblo ha realizado su desembarco, presta ayuda a la aduana contra el desembarque del vecino, con el fin, dicen ingenuamente, de impedir la competencia.

Los ingleses, como todos saben, son los instigadores de estos monstruosos fraudes, y España no es para ellos una aliada sino un mercado; por eso la guerra civil<sup>111</sup> les venía muy bien; sólo veían en ella una diversión favorable a su ávido negocio. Mientras se peleaban en Navarra, las costas de Andalucía estaban desguarnecidas de tropas, y el oficio mejoraba. No se puede uno figurar la cantidad de productos británicos introducidos así en la Península, sin contar los que entran por vías regulares; las ciudades y pueblos están inundados; un día basta para el abastecimiento de un año. ¡Vayan a crear, con eso, una industria nacional! Algunos años más de este régimen y España podría encontrarse, de cara a Inglaterra, en situación de colonia como lo es Portugal desde el tratado de Methuen. Tengo el dato siguiente de un ministro inglés en Madrid. La cifra de exportaciones destinadas a España de una sola ciudad, Liverpool, y por un solo artículo, el algodón, ha superado en un sólo mes la cifra de las importaciones totales de la aduana española durante un año, y para todos los artículos de todos los países. El excedente había entrado por contrabando. ¡Qué pérdida tan enorme para el tesoro! Las cosas han llegado a tal punto que los fabricantes catalanes venden, como procedentes de sus propias fábricas, tejidos ingleses marcados con su nombre por sus correspondientes de Manchester o de cualquier otra ciudad, introducidos fraudulentamente en sus almacenes. Jamás la explotación de un pueblo sobre otro se ha practicado a una escala tan grande y con unos medios más maquiavélicos. Si falla la astucia, se recurre a la violencia y el derecho del más fuerte se encarga de encubrir y justificar las iniquidades más escandalosas; los cruceros ingleses no tienen otro objetivo y los ochocientos cañones de Gibraltar, ¿contra quién piensan que están dirigidos? Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo dice; pero se repite en vano todos los días y en todas las lenguas: Inglaterra no deja de seguir su camino en línea recta con una perseverancia, una audacia, que han hecho de ella el árbitro supremo de todos los mercados.

### La ciudad y sus habitantes

La primera cosa que habitualmente se enseña a un viajero en una ciudad extranjera, sobre todo en el sur de Europa, es la catedral, valga o no la pena. La de Almería es una nave bastante bonita del siglo XVI pero es muy baja, por temor sin duda a los terremotos, y contemporánea de las revueltas moriscas, tiene como un falso aire de fortaleza, como si en caso de ataque hubiera servido de refugio a los fieles. Aún se ven algi-

bes y el campanario cuadrado hubiera podido, en caso de necesidad, hacer una buena defensa.

Aquí, por el resto, ya no es cuestión de arquitectura: montuosas y tortuosas, mal o nada pavimentadas, las calles abiertas al azar, se van donde pueden y como pueden, colocadas confusamente las unas sobre las otras; las casas aparentan la misma libertad y el mismo desorden. La mayoría son cuadradas y todas cuidadosamente enaladas, se terminan por unas terrazas donde se toma el fresco en las noches de verano. Si en vez de abrir sobre las calles las ventanas se abrieran por dentro sobre los patios interiores, se tomarían estas viviendas por unas casas moriscas. Excepto esto, no existe en toda España una ciudad cuya fisonomía sea más árabe que la de Almería, sobre todo observada a vista de pájaro. Tenía alguna dificultad en no crearme del otro lado del Mediterráneo. Para completar la ilusión, la vieja fortaleza sarracena que domina la ciudad se parece, punto por punto, a la alcazaba de Tánger: es, como ella, abandonada, desmantelada, arruinada; pero buscando bien, se encuentran todavía algunos vestigios de los apartamentos habitados antiguamente por los emires. Dicen que podía albergar veinte mil almas; la ciudad entera, incluida suburbios, no las tiene hoy.

A pesar de las violentas reacciones católicas de los siglos XVI y XVII, algunas casas particulares han escapado al martillo del Santo Oficio y guardado intacto el sello moro. Recuerdo una, entre otras, en la calle llamada *Bajada de Almanzor*, que se tomaría por una casa de Constantinopla o de Tetuán; el mismo nombre de la calle no podría ser más musulmán. Casi todas tenían antaño nombres análogos, pero la mayoría han sido desbautizadas por los franceses en 1808, y les dieron por padrinos a los grandes hombres de la época antigua y moderna. Están la calle Murillo, la calle Cervantes, la calle Séneca, la calle Trajano y así otras. Ciertamente no se podía ser más cortés hacia los pueblos conquistados.

La corta ocupación francesa se ha distinguido por un hecho más beneficioso: ha echado a los muertos y con ella la mortalidad del seno de las iglesias. El cementerio construido por los franceses al exterior de la ciudad es lo bastante alejado para ser en ciertos tiempos un lugar de excursión. Se llega en tartana a través de extensos campos de cactus-opuncia; pero la pereza nativa, se conforma normalmente con el paseo interior

<sup>111</sup> Enfrentamiento entre carlistas e isabelinos por la sucesión en el trono.



Dibujo tomado del natural desde la rambla de la Chanca por Nicolás Chapuy hacia 1830; reproducido en litografía por Bichebois en la imprenta de Lemercier Bernard (París, 1844). (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

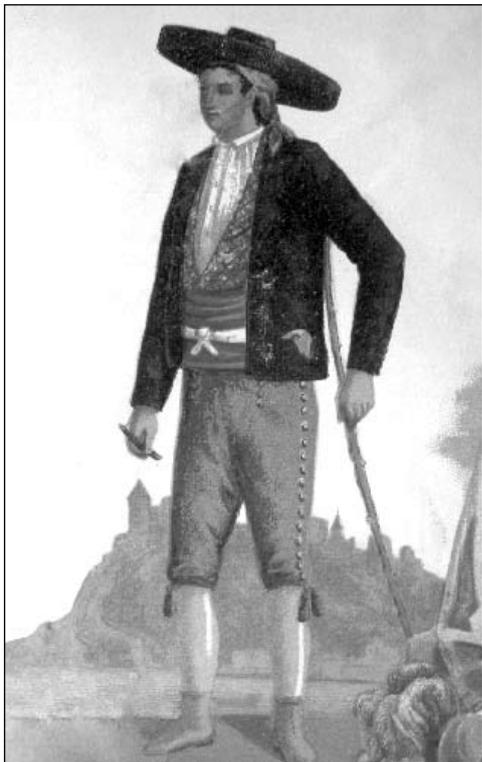
de la ciudad. Este paseo está plantado con los más bellos olmos que haya visto en España. Sin duda me van a objetar que el olmo no es un árbol oriental y que no se asocia con los recuerdos del creciente. De acuerdo; sólo es aquí la excepción; sorprende como una anomalía al lado de los cactus, de las adelfas y sobre todo de las palmeras que balancean sus cabezas africanas en los patios y en los jardines.

Almería goza de una gran riqueza y de una gran variedad de vegetación: la barrilla, el algodón, el esparto, crecen en todas partes en los alrededores de la ciudad; la caña de azúcar, el café, el añil, la piña se han aclimatado allí sin dificultad. He comido en el mes de julio unos chirimoyos del Perú llegados a plena madurez en el jardín del gobernador y se podrían aclimatar igual todas las frutas más delicadas, más sabrosas de América sobre el territorio de Almería. No hablo de las moreras, de los plátanos, de los almendros; todos esos árboles y muchos más del mismo tipo son comunes en todo el sur de España. No sabríamos terminar mejor la lista de estas riquezas naturales más que citando el siguiente pasaje del *Viaje Científico* de Guillermo Bowles: “Paseándome un día, dijo, a unos centenares de pasos de la ciudad, vi que el mar había echado sobre la playa cincuenta o sesenta gusanos de cinco a seis pulgadas de largo y una de ancho, con el cuerpo dividido en anillos. Cogí uno, y me di cuenta que segregaba con abundancia en mis manos un licor que las tintaba de púrpura; lo corté en ocho trozos, y de los ocho salió el mis-

mo licor, de manera que recogí así una buena cucharada. Este descubrimiento me hizo pensar que la púrpura tan apreciada por los antiguos orientales que la compraban al peso del oro, emanaba de tres animales distintos: el murex común que vive siempre en el fondo del mar, la púrpura propiamente dicha, concha imperfecta que se ve a menudo navegar sobre el agua como un barco, con la ayuda de una membrana que le sirve de vela, y por fin el gusano sin conchas que acabo de describir”<sup>112</sup>. Dejemos al naturalista inglés el honor y la responsabilidad de su descubrimiento; observemos solamente que los habitantes de Almería no sacan de ello ningún partido; lo que es más, lo ignoran, y el precioso insecto destila para nada su púrpura oriental sobre sus playas.

Si hasta ahora no he dicho nada de la población es porque no tengo nada que decir; hidalgos y comerciantes me han parecido poco cultos, poco sociables y desprovistos de cualquier originalidad. El traje de los hombres es el de todo el mundo. Las mujeres han quedado más fieles a las tradiciones de sus madres; las faldas negras están todavía de moda y los sombreros del Palais Royal, o pretendidos como tales, no han destronado la mantilla local. Sólo se quisiera que enmarcaran unos rostros más bonitos. No hablo del calzado: el zapato casi chino y las medias de seda bien estiradas son el triunfo de las españolas de todas las provincias y de todas las clases. Como en todas partes, el campesino tiene más carácter que el ciudadano, y su traje es bastante pintoresco, aunque poco complicado y singularmente

<sup>112</sup> N.A. *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España*, in 4º, pág. 164.



Tipos populares de Almería, ataviados con los trajes de la tierra, representados en una lámina dedicada a Nicolás Salmerón, probablemente, hacia 1870. (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

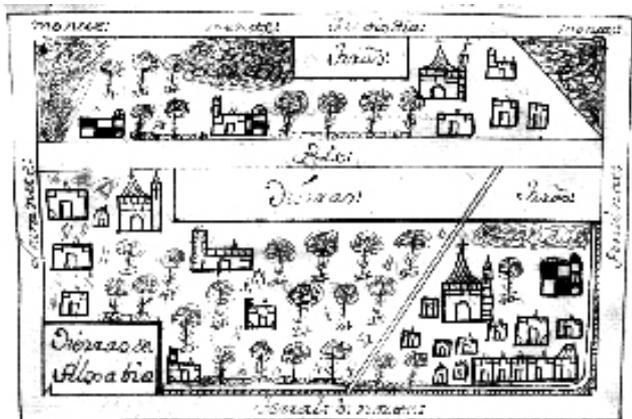
elemental. Nada más simple, más primitivo; júzguenlo: una túnica de tela que deja las piernas al desnudo, un chaleco sin mangas, sandalias de esparto llamadas alpargatas, un cinturón rojo y un sombrero de fieltro de ala ancha, he aquí el traje sin que falte nada. Mas, sólo he hablado aquí del *labrador* acomodado, el peón sólo lleva una camisa y unos calzoncillos. En cuanto a los niños, no necesito decir que van completamente desnudos en el campo, en las calles y se revuelcan al sol como unos salvajes de Oceanía.

Un irlandés que tiene una casa bastante bonita en la orilla del Mediterráneo, me hizo los honores con mucha cordialidad, aunque no le fuera ni conocido ni recomendado. Cuando no estaba fuera, me quedaba en la terraza, siguiendo con la mirada los cuadros movidizos del puerto y los buques que huían al horizonte como blancos pájaros. Cuando más ardiente había sido la jornada, más fresca era la noche. Unidas juntas, las brisas de tierra y mar confundían en el espacio el perfume salino de las plantas marinas y las emanaciones más dulces de la vega. Eran unas verdaderas noches elíseas. El paisaje por lo demás es admirable y posee independientemente de bellezas más modestas, los dos elementos más sublimes de la naturaleza, las montañas y el océano. Se olvida a Europa en este anti-

cipo de África; por mi parte llevaba una vida bastante agradable y la hubiera prolongado con gusto si no me hubiera reclamado la Alpujarra. Por fin era necesario pensar en llevar allí mi tienda.

### SALIDA DE ALMERÍA POR EL RÍO HACIA LA ALPUJARRA

Conocí en Almería, a un compatriota, M.T... de Grenoble; comprometido en la conspiración de Paul Didier, había dejado Francia desde entonces. Después de haber errado algunos años en Suiza y otros lugares, había fijado sus penates en España donde explotaba algunos establecimientos metalúrgicos. Precisamente, sus negocios le llamaban entonces en la Alpujarra; acordamos hacer el viaje juntos. Fue una buena suerte para mí que encontraba en M.T..., un guía instruido y profundamente versado en el conocimiento de los lugares que quería visitar. Al llegar a Almería había despedido a mis dos carabineros; el mozo bribón se había despedido él mismo, a mi gran satisfacción. Me proveí de otro escudero y tuve que conformarme esta vez con un único peón armado de una escopeta; es verdad que el arsenal de mi nuevo compañero de viaje estaba tan bien surtido como el mío; igual que yo,



Croquis de Santa Fe en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

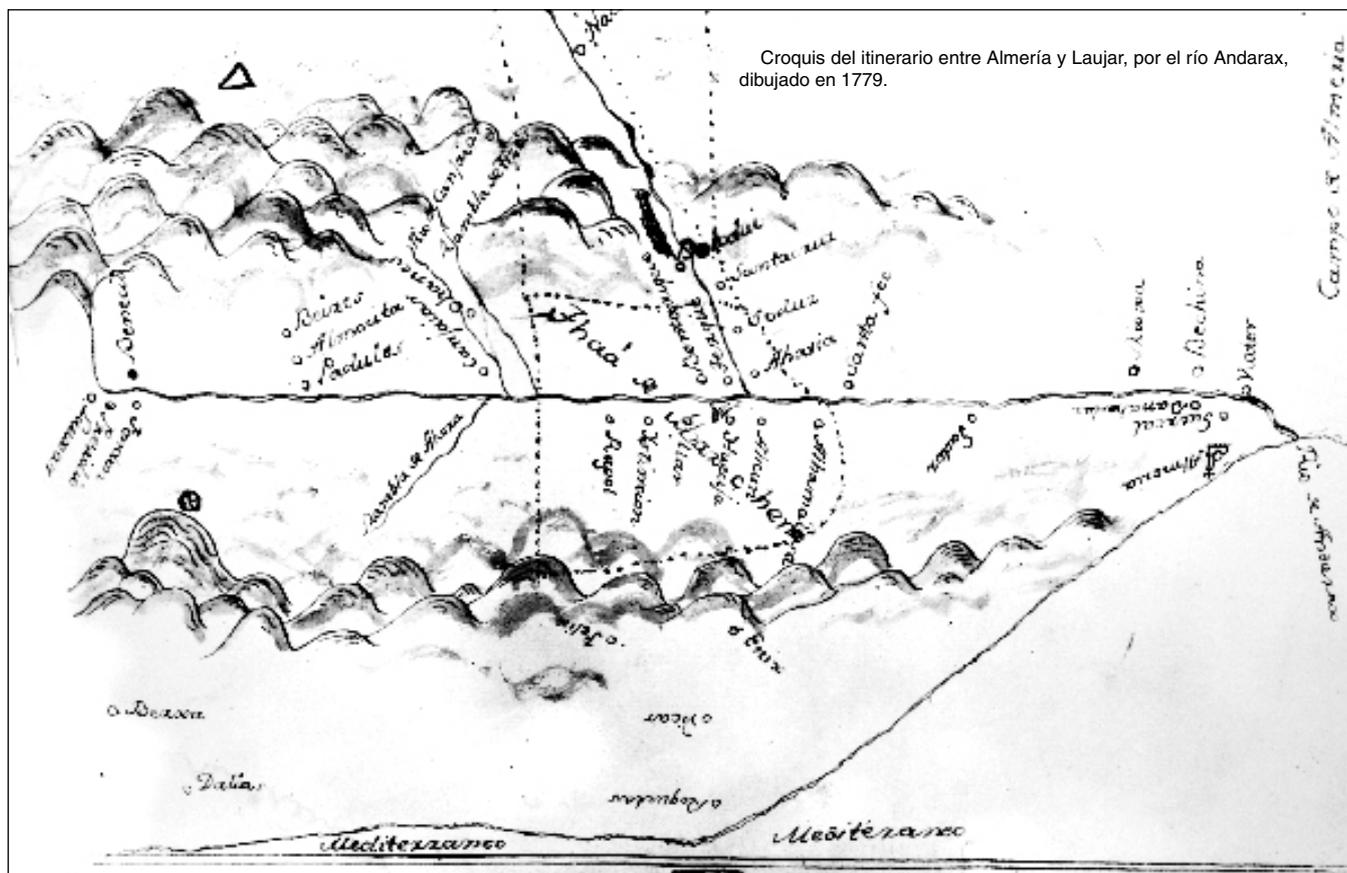
tenía unos argumentos perentorios en sus fundas y un fusil de caza de repetición figuraba con ventaja al lado de mi trabuco.

Almería tiene cuatro puertas: la puerta del Socorro, la puerta del Sol, la del Mar y la de Purchena; salimos por la última, y tomamos la dirección del norte. El camino, al principio bastante bueno, forma la cabeza de una ruta militar abierta por los franceses y abandonada después de ellos; no solamente el español no funda nada, pero ni siquiera tiene el espíritu de conservación: en sus manos todo se degrada, todo perece. Por este lado de la ciudad el paisaje es árido, el horizonte cerrado; unas colinas pedregosas y grisáceas corren tristemente a cada lado; en el medio, a través de las adelfas, pasa el río Almería, torrente caprichoso que, según la estación, deja su ancho lecho seco o arrastra todo a su paso. Después de algunas millas, se cruza el puente de las Palmas, así llamado a causa del gran número de palmeras que crecen en los alrededores. Nunca había visto tantas. Lo que se observa con menos placer, son los numerosos *milagros*; se llama así a unas cruces de madera plantadas en el lugar donde ha sido cometido algún crimen. Estas siniestras señales evocan unas imágenes poco pastorales al paso de los viajeros y les invitan a la prudencia.

Todo el país es más que sospechoso; historias de ladrones alimentan ellas solas las crónicas. Mi compañero de viaje sabía de esto algo por experiencia; había sido atacado varias veces sobre la misma carretera que estábamos siguiendo, y apenas quince días habían transcurrido desde su última aventura. Entre los bandidos que le asaltaron aquella vez se encon-

traba su criado. Poco tiempo antes, cuatro asesinos le habían saludado en pleno día, casi en el mismo lugar, con una descarga de disparos; aquellos no querían su dinero y sólo pensaban en satisfacer una enemistad comercial, irritada aún más por su calidad de extranjero, que más allá de los Pirineos es un título de reprobación. M.T..., con mucha suerte, había salido siempre de apuros, pero su hermana no había tenido la misma suerte que él: atacada y herida gravemente por estos salvajes, murió a consecuencia de sus heridas. Tales incidentes servían para inspirar cierta alarma, y no se afrontan unos peligros tan reales sin una muy decidida pasión por los viajes. Por otra parte, en esta época, un faccioso llamado Arraes explotaba la Alpujarra en nombre del derecho sálico de don Carlos, el cual ni se lo podía imaginar. Este encuentro entraba pues dentro de las posibilidades de este viaje. ¿Y qué teníamos para hacer frente a tantos enemigos? Nuestro único soldado de infantería. Es cierto que nuestra escolta contó pronto con otro hombre: el azar nos hizo encontrar a un segundo soldado de infantería, conocido del primero, armado como él con la clásica escopeta, y que a nuestra petición accedió a acompañarnos. Reforzados por lo tanto, proseguimos nuestra marcha con más seguridad y preparados para cualquier acontecimiento.

Dejando a la derecha Viator y Pechina, dos insignificantes pueblos de la jurisdicción de Almería, cruzamos Huércal, gruesa aldea ahogada entre la vegetación y, pronto, dejando la gran carretera que va a serpentear entre las montañas, bajamos al lecho del río para andar en él cuatro horas mortales. La vegetación de las dos orillas es bastante bella, pero el centro es de una aridez desesperante. Las adelfas dejan demasiado pronto lugar a las piedras y ni un árbol, ni un miserable arbusto se eleva para moderar los ardores del sol. Es mediodía, un aire inmóvil y caliente pesaba sobre nosotros como un abrigo de plomo. No cruzamos ni cortijos, ni pueblos, pero distinguimos algunos sobre las alturas. A la derecha se encuentra el pueblo de Rioja, donde termina la sierra de Alhambilla que llega de Almería en línea recta; a la izquierda el de Gádor, donde empieza la sierra a la que bautiza y que los moros, más poéticos, habían nombrado la sierra del Sol. Unas canteras de jaspe esparcidas en los alrededores señalan este punto importante a la atención de los geólogos. Más arriba está Santa Fe de Mondújar, después viene Alhambilla, donde crecen en abundancia los dátiles, higos y melocotones; pero, ¡qué desgracia! estábamos en nuestra rambla como



Tántalo<sup>113</sup> que, desde el fondo del Tártaro, devoraba con los ojos los vergeles del Eliseo. La única pausa que nos permitió el tiempo fue una corta y bastante mala parada en la Calderona, taberna aislada y como colgada en la vertiente de un precipicio, que sólo es visitada por carboneros y bandidos.

### ASCENSO POR EL RÍO ANDARAX O BOGARAYA

Varios torrentes, bajados de la extensa e imponente sierra de Filabres, vienen sucesivamente a engordar el río Almería: primero el río de Tabernas, después el de Gérgal, y al fin el Nacimiento, este último, bajado de la sierra de Baza, es el río Almería propiamente dicho, aunque sólo tiene este nombre en el punto de unión; el otro afluente llega de la sierra de Gádor y se llama el Bogaraya o río Andarax; seguimos subiendo por éste. Lo cruzábamos cada minuto y a menudo andábamos en el agua. Debo añadir, por la gloria de nuestros dos

jenízaros, que aventajaban a los mismos caballos y que, lejos de dejarse adelantar por ellos, iban siempre por delante. Representaban fielmente para mí, el uno y el otro, el verdadero soldado de infantería español, sobrio, discreto, ágil, incansable; cualquier cosa le basta, nada lo desanima; su corva de hierro se ríe del cansancio; una cebolla se lo hace olvidar; por un cigarro iría al fin del mundo.

Hasta entonces espaciosa la carretera, quiero decir el río, se estrecha progresivamente y forma unos codos frecuentes; algunos molinos y algunas chamizas están desperdigadas acá y allá en las dos orillas; los pueblos están siempre en las alturas: por un lado se eleva Alcúcn, del otro Terque y muy cerca de Terque, Abentarique o Ventarique, pueblo árabe, alrededor del cual se recoge salitre en abundancia. La hacienda se reserva el monopolio, pero es igual que en las aduanas: muy pronto se prepara una prohibición, sólo hace falta un trozo de papel para esto, en cuanto a su ejecución es

<sup>113</sup> En la mitología griega, rey de Lidia, que robó el néctar y la ambrosía de la mesa de los dioses. En castigo, fue condenado en el infierno a sufrir hambre y sed, mientras veía escaparse ante sus ojos el agua y los manjares. De ahí, "el suplicio de Tántalo": no poder conseguir algo que se desea mucho y que, aparentemente, se tiene al alcance.

menos fácil. Sobre el litoral se practica el contrabando; en las montañas, se fabrica la pólvora: es la industria del lugar y no hay delatores porque sólo hay cómplices; cada casa, cada choza, cada cueva es un polvorín clandestino. La pólvora así fabricada está lejos de ser fina ¿Qué importa? tal pólvora, tal escopeta; en España no se mira de tan cerca y uno mata a su hombre sin tantos miramientos.

Dejamos por fin el lecho del Bogaraya, ya era hora, pues esta carretera abierta por la naturaleza es de las más fastidiosas. Una vez en tierra firme, escalamos un camino más cómodo, trazado en cornisa sobre las primeras pendientes de la sierra de Gádor. Del otro lado del río se eleva el Montenegro, centinela avanzado de Sierra Nevada. Hacía aún calor, pero los olivos nos prestaban su sombra y pronto nos pudimos refrescar en la magnífica fuente de Íllar, cuyos vigorosos chorros son como cascadas. Las mujeres del pueblo sacaban el agua en unas jarras de tierra informes; ellas eran poco amables y nos hicieron un recibimiento huraño. Entre ellas se encontraba una pobre joven de doce a trece años, que vino a bailar desnuda alrededor de nosotros. *“Es la gitana -nos dijeron cínicamente- ¡que vuestras señorías no le presten atención!* La desgraciada niña era loca, loca de nacimiento y, a pesar de su belleza, a pesar de su desgracia, servía de juguete a esta bárbara población.

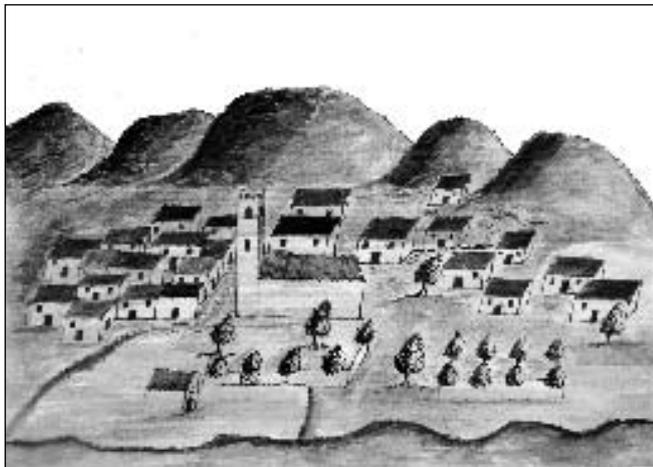
He dicho bárbara y mantengo la palabra, pues, a medida que uno se adentra en las montañas, la poca civilización que las costas deben al comercio y al movimiento de los viajeros desaparece y deja sitio a unos usos más duros y más salvajes. El número de milagros aumenta en proporción; esto quiere decir que los crímenes se multiplican sin que la justicia se dé la pena de buscar a los asesinos, a menos, no obstante que sean ricos, y entonces los explota, los presiona y les vende hora por hora, es decir, escudo por escudo, los aplazamientos y las prórrogas que no les salvan siempre, pero sí les arruinan infaliblemente. Conozco a un habitante de la Alpujarra, viejo, hoy día muy pacífico y corregidor de su pueblo, el cual tuvo la desgracia de matar a un hombre hace unos treinta años. Un escribano tiene la prueba del crimen y él vive desde hace treinta años de un silencio que se hace pagar a precio de oro. ¿Se imaginan una persecución más horrible? El paciente no es rico, ¿cómo iba a serlo? todo lo que percibe, todo lo que gana pertenece a su verdugo, lo que posee es para él, lo que trabaja es para él. Si por un instante le olvida, lo ve surgir de repente ante él como un espectro encarnizado. ¡Dinero!, ¡dinero!, ¡siempre



Piedra Alta o Piedra Forada de Instinción. (Foto de L. Cara).

dinero! Si se niega, él insiste; si se indigna, él le amenaza, y si la desesperanza lo empuja a la rebelión, se evoca el cadalso ante sus ojos. Es la propia víctima que me ha contado su suplicio, ¡un suplicio de treinta años! y mientras el viejo corregidor me hablaba con una voz ahogada por la rabia y el miedo, echaba unas miradas por sus alrededores, inquietas, perdidas, como si hubiera visto merodear a su lado al execrable escribano.

Después de Íllar se cruza Instinción, miserable cortijo. Se pasa cerca de Rágol, que se deja en el fondo, en el seno de un valle verde que el río riega y fertiliza. Las crestas son áridas y despobladas; apenas se ve aparecer de vez en cuando a un cabrero vestido con pieles como los pastores de la Sabina, y que toca la gaita cuando no dispara. Su rebaño, reacio y vagabundo, apenas encuentra algunas matas de tomillo entre las piedras para pacer. La carretera en zigzag pasa a través de magníficas rocas cuyos bruscos declives, sus formas abruptas y desgarradas, llevan las huellas de terribles desórdenes. Una de estas pintorescas rocas, llamada Piedra Forada, está cortada en dos como por el hacha de un gigante y da su nombre a una rambla que avanza tortuosamente y penosamente hasta el corazón de la sierra de Gádor. Un pequeño valle fresco y alegre está colocado como un oasis en medio de este caos de piedras; allí se descansa con agrado a la sombra de los plátanos y de las higueras. No lejos se encuentra una venta solitaria y limpieta, cuya dueña, amable y bonita, nos detuvo al pasar para ofrecernos el gazpacho de rigor; es el sorbete del país. Sin embargo, no se esperen algo refinado; al contrario, nada más rústico: el gazpacho no es más que una ensalada con pan, que alargada con agua helada, desaltera y refresca muy bien cuando no se tiene otra cosa mejor.



Croquis de Instinción en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.



Iglesia de Beires. (Foto de Francisco Bueno y Macarena Morcillo).

## FUNDICIÓN DE EL PILAR Y RUTA HASTA ALPUJARRA ALTA

Aquí termina la tierra de Marchena y empieza la verdadera Alpujarra, el país de las minas y de los hornos. Apenas se pisa este suelo metalífero, se encuentra la fundición real de Alcora. Sobre la otra orilla del Bogaraya se encuentra otro establecimiento metalúrgico llamado la Fragua Catalana. La subida no ha cesado de ser ruda y pedregosa. Por delante tenemos la ladera oriental de Sierra Nevada; se distinguen, esparcidos sobre sus anchos flancos, varios pueblos de la Alpujarra Oriental, Tizis<sup>114</sup> y su ermita; Padules, Ohanes, Canjáyar, Beires y otros, cuyos nombres más o menos guturales se me escapan. Pero pronto el horizonte se cierra, las montañas se acercan, se estrechan, también el río desaparece y ruge invisible en el fondo de los valles. Cuando entrábamos en esta garganta fúnebre, el sol se había puesto detrás de los altos picos de la Sierra y el crepúsculo había venido a entristecer estos lugares ya tan tristes. Un gavilán volvía a su nido lanzando en el espacio un grito ronco y melancólico; una vaga inquietud invadía la naturaleza y nos invadía a nosotros. Andábamos en silencio, la mano sobre nuestras armas y apretados los unos contra los otros como si hubiésemos temido una emboscada en cada paso. La noche caía, la soledad aumentaba, no se veía a nadie, no se distinguía nada, sólo el esqueleto negro y descarnado de los montes de los alrededores. Así llegamos a la entrada de una garganta estrecha, oscura; una luz brillaba a través de las tinieblas; avanzamos. Era una

casa, era el Pilar, el techo hospitalario bajo el cual debíamos pasar la noche.

El Pilar es una fundición de plomo. Este establecimiento que pertenece a M.T..., se encontraba entonces en paro, debido a unas maniobras más o menos lícitas de una fuerte casa española que había acaparado todo el alquifol de la comarca. El éxito debía quedar, y efectivamente había quedado, en manos de los grandes capitales; lo único que podían hacer los pequeños fabricantes era agachar la cabeza bajo esta tormenta industrial. Estas son las amabilidades de la competencia: la ruina de uno es la fortuna de otro, es el derecho del más fuerte instituido en ley con toda su brutalidad. El Evangelio lo había previsto: se dará, dice, al que tiene, se quitará al que no tiene. No teniendo ni madera, ni hulla, uno se pregunta naturalmente con qué se calientan aquí los hornos: las zarzas y las hierbas que crecen entre las rocas sirven a este uso y bastan a la fusión del alcohol y del alquifol. Nada podemos ver más simple y más económico; todo el mundo puede arrancar la hierba: se evitan los gastos de transporte. Ni siquiera creo que se pague un derecho al municipio, y si se paga alguno, éste es mínimo. Así, la fabricación del plomo se obtiene aquí a un precio más bajo que en cualquier otro lugar. He aquí, para una estimación en cifras, algunas informaciones recogidas en el sitio. Sesenta quintales de alquifol dan en veinticuatro horas de trabajo, una media de cuarenta quintales de plomo, los cuales salen apenas por 2.330 reales (alrededor de 600 francos). El combustible no figura en este total más que por unos 90 reales (menos de 24 francos). El alquifol cuesta en la mina de 30

<sup>114</sup> Tices.

a 32 reales el quintal (o sea de 7 a 8 francos), y la jornada de un obrero fundidor sólo es de 7 reales (1,75 francos); el sobrante está absorbido por los gastos imprevistos y los gastos generales, sobre todo por los transportes que, por falta de canales y carreteras, se efectúan costosamente a lomo de mulas. Estos son los precios de costos, en cuanto al precio de venta, cuando me encontraba en Almería era de 64 reales (16 francos) el quintal. Es fácil establecer unos rigurosos cálculos sobre estas bases, que son las verdaderas en tiempo normal, salvo en las razzias de los acaparadores.

Desde la mañana, mi anfitrión se encerró con su administrador para ocuparse de los asuntos que le traían y yo me puse en campaña. El Pilar está situado en lo que los españoles llaman un barranco, palabra fuerte y pintoresca que describe lo que su nombre indica, es decir un desfiladero profundo, estrecho, desierto, excavado verticalmente entre dos murallas de rocas. Así es precisamente el barranco del Pilar, nada más solitario, nada más desolado; al remontarlo no encontré ni una casa, ni un habitante y fui a perderme después de mucha fatiga y poco placer en una especie de embudo excavado en espiral en medio de las montañas; llegado allí, en vano busqué un sendero: hubiera podido creerme en el fin del mundo. Me preguntaba lo que iba a hacer para salir de este abismo, cuando distinguí, a unos cien metros encima de mi cabeza, la figura poco tranquilizadora de un hombre armado con un fusil, y al mismo tiempo un disparo hizo resonar los ecos de los alrededores; una paloma torcaz, que vino a caer ensangrentada a mis pies, me hizo pensar que no era a mí a quien buscaban. El cazador me alcanzó pronto para apoderarse de su presa. Nos saludamos midiéndonos con la vista con curiosidad; no estaba exento de cierta inquietud; mi desconocido, quienquiera que fuera, olía a vagabundo a una legua. Su traje se componía de una camisa y unos calzoncillos de gruesa tela; su sombrero de grandes alas podía haber tenido antaño algún color, alguna forma; no le quedaba nada. Después de todo, sin embargo, la partida iba igualada, si yo estaba solo, el enemigo lo estaba también; si él tenía un fusil, yo tenía mi escopeta y, después de examinarle de cerca, hice sobre su fisonomía unos descubrimientos menos alarmantes: aunque horriblemente quemada por el sol, su cara no era demasiado desagradable. Incluso se suavizó cuando él rompió primero el silencio. ¡Jesús!, exclamó, ¿qué demonio del infierno ha conduci-



Entrada a la antigua Real Fábrica de Plomo de Alcora. (Foto de L. Cara).

*do hasta aquí a su señoría?* -El demonio de la curiosidad, le contesté, y con esto se inició la conversación; nos conocimos. Mi hombre era un minero y se dirigía para un negocio importante (lo decía por lo menos), desde el pueblo cercano de Alames<sup>115</sup> a la ciudad de Ugíjar. Esta palabra me hizo estar atento puesto que Ugíjar es, como se sabe, la capital de la Alpujarra. Sólo estaba a unas dos o tres leguas, tenía delante de mí una larga jornada de verano; ¿cómo resistir a la tentación? Se adivina que no resistí y heme aquí en camino, en compañía de mi cazador furtivo.

No me pregunten por dónde me hizo pasar mi guía, no podría decirlo. Había presumido hacerme llegar en línea recta y cumplió su palabra. Poco le importaba que el camino fuera o no abierto; iba por delante como un cervato que ningún obstáculo detiene, montañas, valles, torrentes: lo franqueaba todo. Menos mal que yo tenía el pie montañés, hice un buen papel, aunque las alpargatas de mi compañero tuvieran sobre mis botas una considerable ventaja para correr sobre las rocas. Por lo demás, nada me llamó la atención en esta carrera a campo traviesa, a excepción de la aridez constante del paisaje y la ausencia completa de vegetación cada vez que se suben algunas toesas más por encima de los valles. Casi siempre estos valles sólo son ramblas o barrancos; es un milagro cuando la mirada puede detenerse, como en los alrededores de Lucainena, que dejamos a la derecha, sobre un campo de centeno o de maíz. De bosques no se puede hablar y, en cuanto a las aguas, están menos abundantes en

<sup>115</sup> Probablemente: Alhama.



Barranco de las Losas, en Rágol. (Foto de L. Cara).

esta parte de la Alpujarra que en las demás. Nada más monótono que el aspecto del país mientras se anda sobre los planos inferiores. En seguida que se alcanzan las altas cimas, se tienen, es verdad, unas magníficas vistas sobre Sierra Nevada y sobre la sierra de Gádor, que corren en paralelo de Este a Oeste; la primera, al Norte; la segunda, al Sur.

#### IV

#### LA TAHA DE ANDARAX: PUERTO DE LA RAGUA, LAUJAR Y FONDÓN

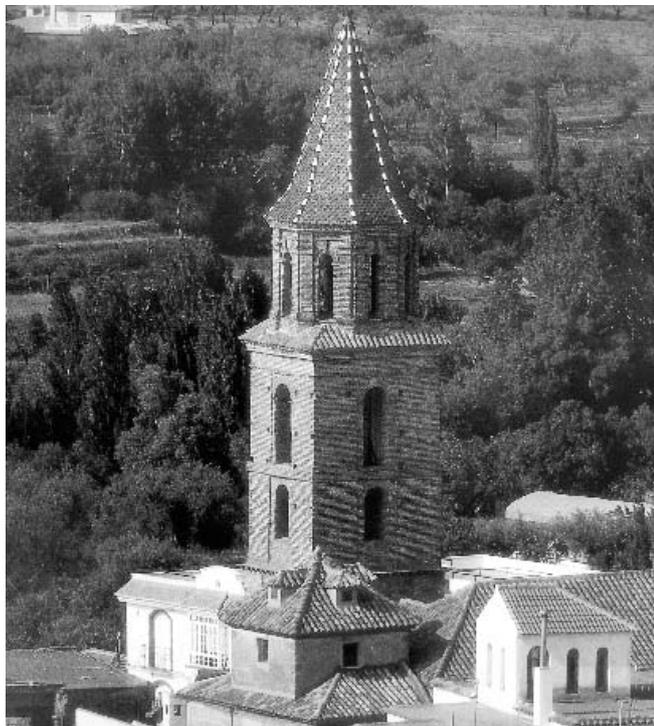
Tirando en línea recta desde Ugíjar a Sierra Nevada se deja al Este Laroles y Bayárcal, y se llega al puerto Lobo, uno de los pasos más elevados de estas montañas; tomada en esta aceptación, la palabra puerto tiene en España el mismo sentido que la palabra “col” tiene en los Alpes. A muy poca distancia del primero está otro puerto. El de la *Raguaha* o *Ravaha* (palabra árabe que significa abundancia de agua), y en efecto, ningún punto de la sierra es más rico en fuentes; este segundo paso, que de la Alpujarra conduce a las llanuras del Marquesado, linda con los altos picos del Almirez y de Montayre, y va a desembocar entre Guadix y Fiñana, bajo la vieja fortaleza de la Calahorra, edificada para defender su entrada. Esta fortaleza ha desempeñado un gran papel en la guerra de los moriscos. El marqués de Vélez, que no encontraba el paso suficientemente defendido, tuvo la idea por lo menos temeraria de elevar un fuerte en la cima del puerto con el fin de adueñarse completamente del desfiladero; para ello, enviaron unos obreros y, para protegerlos,

tres compañías de infantería bajo las órdenes del capitán Hernández. Apenas iniciadas las primeras trincheras, los moros cayeron sobre los españoles, mataron a un gran número y derrotaron también al resto que los fugitivos, que se escaparon de un sólo tirón hasta Guadix, de donde habían salido y a donde volvieron sin arcabuz, sin espada, sin traje; lo habían tirado todo para correr más rápido. Este fracaso hizo poco honor a las armas cristianas y entristeció profundamente el corazón magnánimo de don Juan de Austria. El proyecto del fuerte fue abandonado y jamás desde entonces se volvió a hablar de ello.

No lejos de la Raguaha, se encuentra una cueva excavada en la montaña y que lleva el siniestro nombre de la *cueva del ahorcado*. Seguramente, esta cueva fue el teatro de algún sombrío drama, pero la tradición calla al respecto, y sólo el nombre permanece como un enigmático epitafio cuyo sentido se ha perdido. Me imagino que esta cueva misteriosa tuvo que servir de refugio, durante las persecuciones dirigidas contra los moriscos, a algún desgraciado proscrito cuyos lazos muy poderosos de la patria encadenaban, a pesar de todo, al suelo que le había visto nacer. Descubierto en su retiro por sus verdugos y arrastrado por ellos hacia la horca, había pagado con su vida el amor al país natal. Todos estos lugares son salvajes, solitarios y hechos para inspirar por ellos mismos los pensamientos más lúgubres. Sólo al acercarse a las llanuras, acabamos encontrando castaños, moreras, olivos y en todas partes unos pastos admirables; con razón, famosas en España, estas praderas exhalan no sé qué perfumes dulces, penetrantes y son de un frescor delicioso: aguas vivas, de las cuales muchas son ferruginosas, dan a la carne de los rebaños así como a su leche un sabor muy peculiar.

Esta región, que es la antigua taha de Andarax, es, como su nombre lo indica (Andarax en árabe quiere decir era de vida), la mejor de la Alpujarra y también la más poblada; se cuentan siete u ocho ciudades o pueblos agrupados los unos cerca de los otros en el espacio de una legua: primero preside Andarax, que da su nombre al distrito y al río que lo cruza; un poco más arriba está Paterna, que tiene unas fuentes medicinales y, cosa inaudita, un puente sobre el río; muy cerca están Alcalaya<sup>116</sup> e Íniza; más abajo Laujar, un pueblo grande, casi una ciudad, situado en el seno de

<sup>116</sup> Desconocido.



Torre del templo de Fondón.

un valle ancho y espléndido que lo separa de la Sierra; su población, superior a la de Ugíjar en número, en actividades, está repartida entre la industria agrícola y la industria metalúrgica. Los hornos humean a través de sus vergeles y unos convoyes de mineral cruzan sin cesar y animan sus bellas praderas. Sólo está explotado el plomo de la sierra de Gádor; no se saca ningún partido de las minas de hierro y de cobre de Sierra Nevada. A un tiro de mosquete de Laujar se encuentra el Fondón, con su anejo Benecid, donde la corona de España tiene una gran fábrica de plomo. Cerca de allí se alaban las aguas termales conocidas con el nombre de *Baños de las Viejas Guardias de Castilla*.

El Fondón no es más que un suburbio de la antigua ciudad de Codbaa, que era capital de la Alpujarra antes de Ugíjar, y que fue destruida por los españoles durante la guerra de los moriscos; fue en Codbaa donde se retiró el último rey de Granada Abu Abdalah, después de su abdicación forzosa, y donde vivió cinco o seis años en el seno de una pequeña corte animada con las ilusiones y los sueños con los cuales se alimentan siempre y en todas partes a los reyes destituidos.  
(...)<sup>117</sup>

## PRESIDIO (FUENTE VICTORIA). LA INDUSTRIA MINERA

A unas leguas del Fondón se eleva la montaña del Presidio, el punto de la sierra más rico en minas; según la letra se encuentra más plomo que piedras. Acompañé hasta allí a M.T..., que iba a buscar alcohol con su administrador del Pilar y el *empleado de arriba*, es decir el empleado encargado especialmente de la compra del mineral. El tío Pedro (era su nombre), viejecito seco y musculoso, soportaba el cansancio mejor que muchos jóvenes y pasaba por conocer a fondo los misterios de las minas. La explotación de la sierra se divide en estaciones, cada uno de estos períodos se llama una *barada*. La estación muerta es el verano, precisamente en la que estábamos; era, pues, por lo menos dudoso que mi anfitrión pudiera obtener lo que buscaba. ¿Qué pensaba el tío Pedro? No decía ni sí ni no: “¿quién sabe?”, contestaba sin comprometerse; “*Hay que verlo. Vamos, por si acaso.*” Fuimos.

Una cuesta horriblemente desnuda, completamente quemada por el sol y tan empinada que incluso las mulas tenían dificultad en mantenerse en equilibrio, nos condujo, después de una bajada no menos escarpada que la subida, al barranco de la Plomera, donde se ven antiguas minas explotadas ya por los moros y tal vez antes que ellos; una fábrica en actividad lleva todavía hoy el nombre de la Plomera y se eleva un poco más lejos. Por otra parte, nada me llamó la atención en esta carretera, a excepción de dos o tres bellas fuentes cuyos beneficios disfruta aún más el viajero, ya que, llegado a la Sierra, no se encuentra más agua. Por mi parte, no recuerdo haber tenido jamás tanta sed. Eran las once; el calor era espantoso. Menos mal que el viento se levantó por la tarde, pero fue entonces otro suplicio: en todas partes se cribaba la tierra de las minas para separar los granos del mineral y había en los cuatro puntos cardinales torbellinos de un polvo fino y metálico que nos cegaba, nos sofocaba.

No sabría comparar mejor el monte del Presidio, por su forma, su color, su movimiento, que a un gigantesco hormiguero. Aunque estuviéramos, como ya dije, en la estación muerta, reinaba sin embargo cierta actividad, pero sólo en el exterior; la labor subterránea estaba suspendida. Bajé a varias minas, entre otras, a una cuyo pozo tiene setecientos pies de profundidad:

<sup>117</sup> Continúa narrando sucesos de tipo histórico, como la estancia del Rey Chico en Laujar y la muerte violenta de él mismo y de su sucesor: Abén Aboo.



Croquis de Presidio (Fuente Victoria) en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XIX. A la derecha: carril de la Sierra de Gádor en la zona de Fuente Victoria. (Foto de L. Cara).

fue en balde y volví a subir igual que había bajado. No crean que eso sea una operación cómoda; para realizar este viaje vertical y tenebroso no se tiene más que un mal cesto de mimbre sostenido por una mala cuerda de esparto y el resto por el estilo. Los procedimientos en uso hoy son absolutamente los mismos que en los tiempos de los árabes, y si los procedimientos mecánicos son miserables, la vida de los hombres es más lamentable aún. Sumergidos desnudos o casi desnudos en las frías entrañas de la tierra, la riegan en vano con su sudor; esta dura madrastra no les da nada; digo nada, pues la escasa pitanza que el monopolio echa como un favor a los mineros es insuficiente para reparar sus fuerzas y les debilitan en lugar de reanimarlos. He aquí lo que vi: una especie de caldo negruzco, horroroso de ver, más horroroso de oler, servido en una tartera, cambiemos la palabra, en un bebedero, al fin, algo que no tiene nombre. Para resignarse con una comida hecha así, es necesario el hambre de Ugolín o el instinto grosero de los animales voraces. No habíamos traído víveres y, para no caer de inanición, tuvimos que tomar parte en este inmundo ágape; esto me fue imposible. Si solamente hubiéramos podido haber calmado nuestra sed, pero no, la bebida que es habitual en la Sierra bajo el nombre de vino, es espesa, agria y apesta a cabra. A los españoles les gusta este sabor; lla-

man aroma al gustillo de algunos odres apuestos contra los cuales don Quijote luchaba tan bien y tenía que haber reventado de una vez por todas para el honor de la Península. Reconozcan que es duro ser condenados a tal brebaje casi cerca de Málaga, bajo el sol de Jerez y de Alicante. No pudiendo ni beber ni comer, fui feliz al encontrar, por casualidad, algunas gotas de *mistela*, especie de hidromel del lugar hecho con agraz, azúcar y miel. Pido disculpas por estos detalles. Un viaje no es una epopeya y las humildes particularidades, las trivialidades, incluso de la vida diaria, contribuyen a menudo mejor que unas elocuentes generalidades para hacer comprender la verdadera situación de un país.

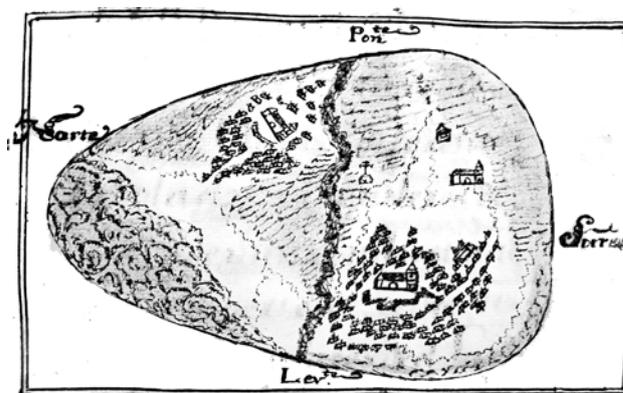
Mientras mis compañeros cenaban o creían cenar, me esquivé furtivamente del cobertizo, por no decir del establo, donde nos habían servido esta espantosa comida, y, engañando el hambre con los ojos, escalé sólo el punto culminante de la montaña. ¡Qué vista! ¡qué horizonte! A mis pies se desenrollaba como un mar ondulado toda la Alpujarra, erizada con olas; es decir, con unas crestas blancas que asemejaban olas, mientras que los valles dibujados en negro sobre este fondo claro tenían la apariencia de largas serpientes de agua desplegadas al sol. Se descubrían ciudades y pueblos visitados o solamente entrevistados por nosotros los días anteriores;



Panorámica de las cumbres de Sierra de Gádor.

la vista se extendía incluso a través de los ricos campos de Berja y la llanura de Dalías, hasta las tristes landas de Adra; el cinturón azul del Mediterráneo destacaba armoniosamente sobre el gris terroso de las playas, y la mirada se perdía a lo lejos sobre el melancólico infinito de las olas. Del otro lado se elevaban en anfiteatro las inmensas gradas de Sierra Nevada, que se abarca desde allí en toda su extensión y que no se ve tan bella desde ningún otro punto; la amplitud y la majestuosidad son los caracteres distintivos de esta admirable montaña. El verde tierno de los prados, el verde más oscuro de los castaños se casan en armonía con los tintes pardos de los terrenos y el gris perla de las rocas. Los dos picos solitarios de Mulhacén y Veleta, cubiertos de nieve hasta la cumbre, dominan, aplastan todos los demás y coronan con dignidad este paisaje incomparable.

La sierra de Gádor, que me tapaba Almería, es mucho menos accidentada y menos pintoresca que Sierra Nevada, y sobre todo mucho menos majestuosa. Todas sus bellezas, todas sus riquezas, son invisibles; quiero decir que sus mármoles y sus metales preciosos están enterrados en sus fecundos flancos. Al exterior y vista desde donde estaba tiene la forma de una larga arista de doble vertiente y su aspecto es ingrato, estéril e incluso bastante desagradable. Ni un bosque, ni una pradera donde repose el ojo, ningún punto se eleva por encima de los demás; sus líneas son uniformes, sus cimas aplastadas, su color apagado. Solamente por la noche, cuando el polvo de las minas se ilumina al sol poniente, estas tristes cumbres se abrasan, se transfiguran y la sierra entera desaparece, como la Ida de las divinidades de Homero, en una nube de oro.



Croquis de Fondón en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

Del lado opuesto, la vista no es menos magnífica. Detrás de mí se extendían, como una capa verde franjeada de plata, los frescos pastos de Andarax, enlazados suavemente en los meandros del Bogaraya; por encima de las praderas, se erguía la oscura cabeza del Montenegro y más arriba aún, en los límites del horizonte, se percibía como un ligero vapor las cimas azuladas de la sierra de Filabres. Sería difícil imaginar un panorama más extenso, más imponente, más variado. Nada brusco ni extraño, nada confuso tropieza con la mirada. Estos planos sucesivos están escalonados con arte, los colores bien fundidos, las transiciones atenuadas y la armonía más perfecta reina entre todas las partes del conjunto; la majestuosidad no excluye el encanto. Para completar este cuadro maravilloso, añadamos, que el fondo del cielo estaba de un azul vivo y profundo, el aire transparente; que una luz abundante y espléndida bañaba todas estas montañas, todas estas llanuras, y que el azul brillante del Mediterráneo rivalizaba con el cielo en dulzura, brillo y nitidez.

Fui arrancado demasiado pronto de este espectáculo mágico por mis compañeros, que volvían a empezar, pero en vano, su inspección; los monopolizadores habían acaparado todo tan bien que el mercado estaba enteramente desguarnecido; entramos en treinta minas por lo menos sin poder comprar un kilogramo de mineral. La exasperación de los pequeños fabricantes estaba a su colmo, pues este paro forzoso era para ellos la ruina y la quiebra. No se oía de todos los lados más que quejas, maldiciones y amenazas. Si los monopolizadores o sus agentes, incluso los más subalternos, hubieran tenido la imprudencia de mostrarse en este campo de batalla cubierto con sus víctimas, veinte escopetas vengadoras habrían hecho justicia en el mis-

mo instante; pero este peligro es demasiado conocido para que se enfrenten con él. Negocian desde lejos, con una prudencia, un misterio que podría desorientar al diplomático más consumado; las negociaciones más tenebrosas de la diplomacia son juegos de niños comparadas con las astucias diabólicas, las maniobras clandestinas del comercio y de la industria.

Habíamos guardado para el final y como último recurso la mina de la Topera; ¡vana esperanza! fuimos más desafortunados aún en ésta que en las demás, puesto que no nos permitieron ni siquiera la entrada bajo el pretexto amable que veníamos a reconocer la orientación de los filones. Aquí estalló la ira del tío Pedro; se había dominado bastante bien hasta ahora, repitiendo siempre que hacía falta ver; ahora todo estaba visto, el monopolio era flagrante, comprobado. “¡Ah! ¡ah!” gritó poniéndose su sombrero gris de través, *“ustedes creen, señores acaparadores, que sólo deben robar el pan a los pobres cristianos porque tienen ustedes en sus cofres unas onzas más o menos mal adquiridas. ¡Oh, no, mis amos! Comprar la bestia no es suficiente, hace falta tomarla y vengán, ¡por San Juan de Dios!, vengán a buscar su mineral, quiero ser quemado vivo como un judío de su clase si sale una sola arroba de la Sierra, aunque tenga que cortar yo mismo las corvas de sus mulas y de sus muleteros”*. El tío Pedro habló mucho tiempo, su ira no se agotaba; estábamos de vuelta al Fondón y todavía hablaba y para dar más peso y fuerza a sus palabras, al final de cada frase golpeaba la culata de su escopeta con un gesto significativo.

## ABANDONO DE FONDÓN Y BAJADA HACIA EL PILAR

Nuestra vuelta fue marcada por un episodio que describe bien la población salvaje en medio de la cual el azar me había traído. El tío Pedro, que vivía en el Fondón, nos había dejado en la puerta de su casa; el regidor del Pilar había tomado la delantera, y entonces, una docena de patanes reunidos en la plaza del pueblo se metieron en la cabeza cerrarnos la calle por la cual debíamos pasar, saludándonos por añadidura con los epítetos de afrancesados, pícaros y otras amabilidades del mismo tipo. No sé si nos tomaban por los acaparadores de la Sierra, pero seguro que nos trataron como tales. La broma no nos pareció buena y así lo declaramos a estos malandrines en términos categóricos; no lo tuvieron en cuenta; al contrario, fue para ellos un motivo para reiterarla. Nuestra paciencia estaba agotada, pues al fin queríamos pasar, y el



Bandoleros apostados acechando a posibles viajeros. Dibujo reproducido en la obra de Manuel Galo Cuendías y Víctor de Fereal (Mme. de Suberwick): *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentales. Moeurs, usages et costumes*. París, 1848.

derecho, si no la fuerza, estaba de nuestro lado; total, M.T... tomó su fusil, yo mi retaco, y Dios sabe lo que podía haber ocurrido si la intervención súbita e imprevista del tío Pedro no hubiera venido a dar una salida pacífica a este mal asunto. El viejo minero reprendió a los agresores con la autoridad de un patriarca y con el tono con el cual Neptuno reñía a los hijos de Eolo. Un silencio religioso sucedió a sus palabras y aprovechamos la primera abertura que se hizo en los rangos enemigos para salir al galope, no sin haber sacudido detrás de nosotros el polvo de esta ciudad inhóspita y bárbara. He guardado rencor al Fondón.

La tarde llegó y para volver al Pilar, donde queríamos dormir, teníamos que cruzar de noche todo el llano de Cacín. Este amplio banco calcáreo separa las dos sierras y parece haberse deslizado sobre los terrenos de primera formación que constituyen su base; pasa por fértil, pero, a excepción de una finca, una verdadera Tebaida donde M.T... había vivido dieciocho meses con su familia, estaba completamente despoblado; me equivoco, encontramos muy de lejos en lejos algunas fundiciones de plomo de donde se escapaban unos chorros de destellos y un humo rojizo. Entramos en una de estas fábricas, la de las Angustias, que se encontraba en nuestro camino. Creí penetrar en el antro de Vulcano; desnudos, salvo unos calzoncillos, los trabajadores, tuertos la mayoría, parecían cíclopes; su ojo oblicuo y amarillento, cubierto de espesas cejas, nos echaba unas miradas poco benévolas, por no decir hostiles; su cabellera chamuscada por el fuego caía desordenadamente sobre sus hombros y daba a su cara, ya



Viajeros por España, fuertemente pertrechados y armados para hacer frente a los eventuales peligros de los caminos. Dibujo de Lewis.

bastante salvaje, una expresión más feroz aún; su piel enrojecida y calcinada por el efecto constante del calor tenía este color de ladrillo tan querido de la escuela española, y sus piernas velludas, sus brazos nudosos, recordaban los tipos más vigorosos de Ribera. El plomo licuefacto hervía en el seno de un horno y corría en los moldes de tierra donde debía salir al estado sólido de lingotes. No pudimos soportar más tiempo la excesiva elevación de la temperatura, y el paso brusco de esta estufa sofocante al aire libre nos hizo el efecto de un baño ruso.

Por lo demás, el atardecer era encantador; ¡qué divino frescor! Después del día ardiente que habíamos soportado, la brisa de la noche era, según la expresión del maestro fundidor de las Angustias, el viento del paraíso. El firmamento estrellado tenía esta serenidad, este resplandor, esta profundidad inconmensurable que se admira en las regiones meridionales; los fuegos del cielo brillaban en las crestas de las sierras como fogatas encendidas por los pastores; la llanura ondeaba en las medias tinieblas de las noches españolas y el silencio era tan profundo que se oía muy lejos, en el fondo de un valle invisible, el sombrío y sordo murmurio del Bogaraya. Andábamos lentamente y todo

recto, sin preocuparnos demasiado de seguir o no el camino abierto; a veces cruzábamos un campo, a veces un prado, lo más a menudo unos brezos por donde ni el carro ni la hoz pasaron jamás. El suelo es llano; una vez, sin embargo, se rompe; la carretera está atravesada por el barranco de Cacán, espantosa garganta que parte en dos la sierra de Gádor y, pasando por la Sepultura del Gigante, en los confines de la Alpujarra, va a desembocar en Dalías. Un viento impetuoso reina en cualquier época en este temible abismo, habitado por los pájaros de presa, los lobos errantes y donde los cazadores más intrépidos no se aventuran sin inquietud. Si ocurre por milagro que la justicia se ponga a perseguir algún malhechor demasiado famoso, éste se echa como un jabalí acorralado en este revolcadero inaccesible, y desde allí desafía a todos los escopeteros y a todos los migueletes de la monarquía española. Como franqueábamos en ángulo recto este desfiladero formidable, un silbatazo agudo, seguido de varios otros, golpeó de repente nuestros oídos. ¿Una banda de ladrones o de esbirros (es lo mismo a tal hora y en tal lugar), estaba acampada en el fondo del barranco y los centinelas avanzados acababan de dar la señal del ataque? No era más que el juego del viento entre las rocas.

A unos cien pasos de allí distinguimos delante de nosotros una forma, primero vaga y confusa; al acercamos, reconocimos un jinete inmóvil en medio del camino. Ninguna duda de que nos esperaba. ¡Quería pedirnos una limosna a la manera del clásico mendigo que nuestro amigo Gil Blas encontró en la carretera de Peñaflores! Este jinete sospechoso no era otro que el regidor del Pilar. Después de haber salido del Fondón una hora antes que nosotros, se había dormido sobre su silla y, esperando que se despertara, su pacífica montura pacía en el mismo lugar las largas hierbas del camino. Volvimos los tres juntos, y sin otra aventura, al Pilar, cuyo barranco se abre sobre la planicie de Ca-cín.

V

### ESTANCIA EN EL RINCÓN

M.T... tenía por el otro lado de la meseta, al pie de Sierra Nevada, una fábrica de plomo dicha de segunda fundición, porque en ella se funden las horruras o residuos de la primera fusión; esta fábrica se llama el Rincón, lo que quiere decir en español como en francés en esta aceptación, un lugar solitario y retirado. El Rincón merece totalmente su nombre: allí, nada de vistas magníficas, nada de horizontes extensos, sólo unos reductos campestres, sitios agradables, jardines cubiertos de flores y de frutas, higueras, almendros, parras, y por todas partes unos bosquecillos llenos de pájaros charlatanes. El Bogaraya, que no es más que un riachuelo, corre en medio de los alisos y mueve unos granates en sus aguas cristalinas. Necesitaba reposo y pasé en este encantador eliseo toda la jornada del día siguiente, una de las más apacibles, de las más frescas, que haya guardado en la memoria. Un solo incidente marcó mi estancia en el Rincón.

Era mediodía, acababa de dormirme prosaicamente bajo los alisos, con el murmullo adormecedor del riachuelo que me bañaba los pies. De pronto, un grito salvaje estalla a mi lado. Me despierto sobresaltado. Una vieja, una gitana, una verdadera bruja, estaba apoyada a tres pasos de mí, sobre un largo bastón blanco. Un jirón rojizo le envolvía las tres cuartas partes a modo de mantilla, el resto de su vestimenta se componía de una falda rota y remendada fabricada con andrajos de todas formas y de todos colores. “¡Caballero!” me dijo en voz baja, y posando misteriosamente su dedo de esqueleto sobre su boca desdentada; “¡Nada de ruido! sígame, le



Minas de San Diego hacia 1899. (Foto de L. Cara).

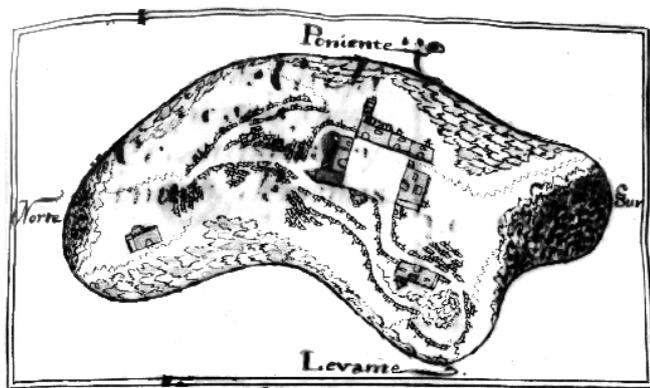
voy a conducir al tesoro. Está arriba, añadió indicando con la punta de su bastón la cima de una ladera próxima; sí, es allí donde está; venga, caballero, venga le digo, es suyo por un duro”. Me hubiera dado cien que no la hubiera seguido; me encontraba demasiado bien donde estaba y me encontraba mejor aún porque el camino que la vieja me enseñaba a través de las ramas era como el de La Fontaine,

*... cuesta arriba, arenoso, difícil  
Y por todos lados al sol expuesto.*

¡Si por lo menos hubiera tenido para subir la fabulosa diligencia del fabulista! Rehusaba pues rotundamente el tesoro y el duro. “Su señoría se equivoca”, replicó la vieja sin desanimarse, “se equivoca, de verdad; el tesoro, fe de cristiana, está allí y le espera. - ¡Bien, que espere!, le contesté impacientado por su insistencia y enfadado porque había turbado mi sueño. ¿Por qué no vas tu sola? Tu tesoro, si existe, es tan bueno para ti como para mí. - Yo, replicó ella, sólo puedo indicar el lugar, para tocarlo he pasado la edad y además yo soy del país. La profecía dice:

*“Al extranjero, todo recto irá  
Y viejas manos siempre huirá”*

En este momento, se oyeron las voces de los obreros fundidores que volvían al trabajo. No parecía que mi buscadora de tesoro viviera con ellos en la mejor



Croquis de Canjáyar en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

inteligencia, pues huyó al instante a través de la maleza como una jabalina acosada por los perros. Supe más tarde que un pueblo árabe llamado Bogayrayra, o por elipse Bogaraya, se elevaba antaño sobre la altura vecina y que, destruido en la guerra de los moriscos, había dejado su nombre al río de Andarax<sup>118</sup>. El pico y el carro descubren de vez en cuando algún vestigio; no hace falta más, para que la tradición popular coloque allí unos tesoros. ¿Y dónde no los coloca?

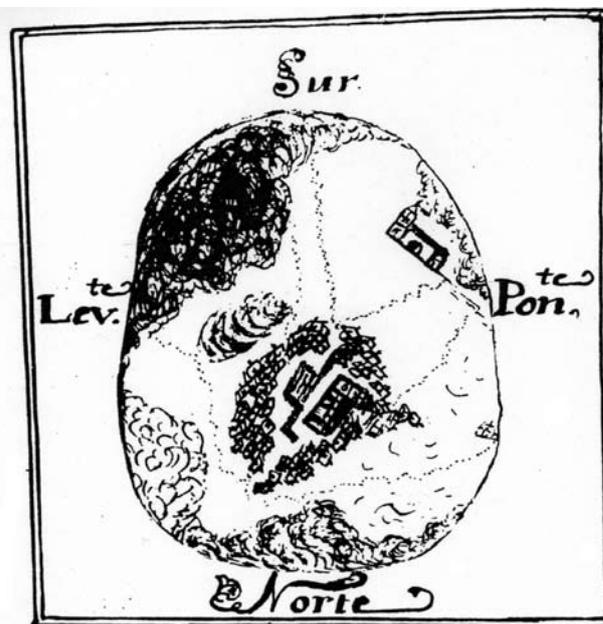
### LA TAHA DE LÚCHAR: PADULES, CANJÁYAR, ALMÓCITA, BEIRES, OHANES Y TICES

Por encima del Rincón está el gran pueblo de Padules, construido sobre un suelo desigual y rocoso; una bella llanura, plantada de olivos, se extiende al oeste, y es sin duda allí donde don Juan de Austria había levantado su campamento; también es allí donde recibió la sumisión de las tribus sublevadas de la Alpujarra. He aquí cómo las crónicas contemporáneas cuentan este acontecimiento.

(...)<sup>119</sup>

El recuerdo de esta memorable entrevista se ha conservado, no hay una persona que no le enseñe, al pasar, el campamento donde el general de los moros entregó su espada al general de los cristianos.

Los habitantes de Padules pasan por indolentes y llevan, me dijeron, la pereza más lejos de lo permitido,



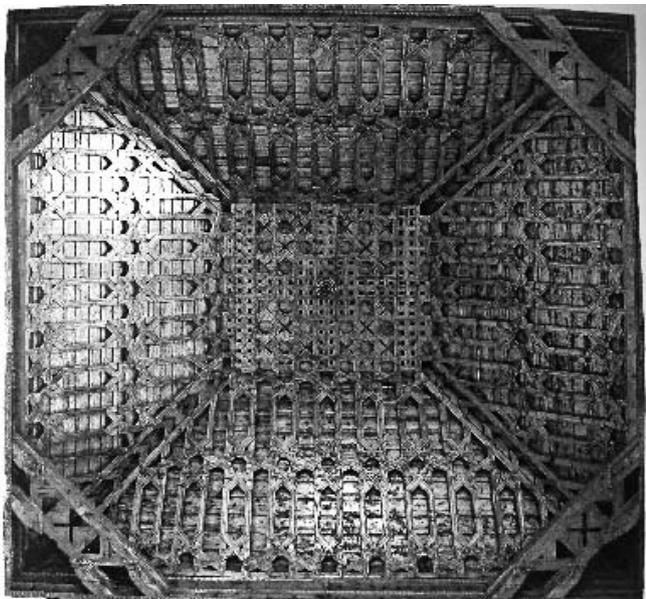
Croquis de Almócita en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

incluso en España. Tienen unas minas que no se dan la pena de explotar y unas vides que por falta de cuidados les dan un (vino) detestable. Un poco por encima de Padules, hacia el Este, se encuentra otro municipio, Canjáyar, cuya población, más industriosa, más activa, saca mejor partido de sus minas, de sus tierras y vive en una relativa abundancia, a pesar de que su nombre signifique pueblo de la hambruna. En la primera revuelta de la Alpujarra contra los Reyes Católicos, un gran número de insurrectos se encontró rodeado en este lugar salvaje, y fue sitiado tan de cerca por el conde de Lorin que todos murieron de hambre hasta el último. De aquí este nombre de Canjáyar, que recuerda a los niños (en árabe, es verdad) el suplicio de sus antepasados.

Almócita es un pueblo, debería decir una aldehuela, que linda con los dos anteriores. Subimos allí, el día siguiente por la mañana, por una cuesta dura y rocosa. El regidor del Rincón hacía bautizar a un hijo aquel día y el padrino era M.T... Aunque extranjero, tuve un papel en la ceremonia y firmé el registro de la sacristía en calidad de testigo. *“¡Ah!, me dijo el cura, “usted también es francés, es como este digno señor Augustin Leclai! - Y como muchos más, contesté a su reverencia; pero este señor Leclai, ¿quién es? - Era un hombre de bien y carita-*

<sup>118</sup> N.A. Hay en Marruecos, en el país de Tafilet, un pozo llamado Ain-Boharaya o Bogaraya, y Caillé ha encontrado un pueblo mahometano del mismo nombre en el interior de África, al este de Sierra Leone.

<sup>119</sup> Sigue, a continuación, el relato de la rendición de El Habaquí en el campo de D. Juan de Austria, en mayo de 1570.



Artesonado del templo de Almóçita. (Foto de Javier Sánchez Real).

*tivo como San Juan de Dios. Había tenido en su juventud la desgracia de matar en duelo a un gran señor de su país. Obligado a expatriarse, vino a buscar un asilo en nuestra vieja España y se estableció en Almóçita, de donde ya no se movió. Era médico, pero médico de los pobres, pues lejos de cobrar sus visitas, él daba a sus enfermos medicinas gratis y dinero cuando no tenían. Así, su muerte fue una verdadera calamidad pública. Hombres, mujeres, niños, el municipio al completo acompañó su cuerpo a la iglesia, y cuando hubo que celebrar el oficio de los difuntos, en lugar de cantar, lloraban; lo recuerdo aún como si fuera ayer, y sin embargo era muy joven y hace de esto mucho tiempo: era antes de la revolución de Robespierre". ¿Quién jamás hubiera ido a buscar en una aldea perdida de la Alpujarra a un francés del siglo XVIII transformado por un duelo en un médico bienhechor?*

La ceremonia estaba bien, hablo del bautismo. La familia, es decir, más o menos todo el pueblo, llenaba la iglesia cantando las letanías en uso. El cura, un viejo sacerdote septuagenario, que jamás, apuesto, había salido de su Alpujarra, administró el agua de la redención con la indiferencia de una larga costumbre; su expresión parecía decir: *¡a cuántos he bautizado y después he enterrado!* En cuanto a mí, no podía impedirme de reflexionar sobre las rarezas del azar que me

habían conducido tan lejos de mi patria, tan lejos de mi propia familia, en el seno de esta familia extranjera; después mis miradas distraídas se posaron del rebaño a la iglesia, que no estaba demasiado mal por ser una iglesia de montaña. El tejado era de madera esculpida y dorada en el estilo morisco. ¿Sería una antigua mezquita? La pobreza del país autoriza a creer que más de una vez se habrá cambiado el dios sin cambiar el templo. ¿Incluso Córdoba no ha erigido en catedral la famosa mezquita del califa Abderramán?

Nuevos recuerdos de Mahoma me esperaban a la salida de la iglesia: es la costumbre en los bautizos de echar unos cuartos a los niños del pueblo, es decir unas monedas. Vean desde aquí la pelea: se arrojan, se empujan, sin contar con las palabrotas. Ahora bien, una de estas palabrotas fue naturalmente, *moro*, que volvió unas veinte veces en el espacio de un cuarto de hora. Tal es la persistencia de los odios religiosos sobre esta tierra inmóvil y fanática, que hoy todavía no hay injuria más grave que aquella en el diccionario picaresco de los viejos cristianos de la vieja España.

Un sendero fresco y sombreado de robles nos condujo desde Almóçita al pueblo de Beires, cuyo cura, don Antonio Navarra, tío del niño bautizado por la mañana, nos ofreció un excelente almuerzo, excelente por lo menos para España, donde se come tan mal en todas partes y donde el aceite rancio envenena todos los platos. Nuestro honrado eclesiástico tenía como ocupación favorita el preparar perdices de caza y el almuerzo ganó con ello, pues con las frutas del presbiterio la caza fue suficiente. Beires tiene unas minas de hierro y de asfalto. En este momento, el faccioso Arraes recorría los alrededores y llevaba sus exploraciones hasta las casas del pueblo. Más que nunca, debíamos esperarnos a encontrarlo; pero con todo lo que nos contaba sobre él nuestro anfitrión, al tener quizás buenos informes y con razón, esta perspectiva no tenía nada de alarmante. Arraes era un faccioso es verdad, pero al fin no era un ladrón, y si le ocurría alguna vez cobrar a los transeúntes, en nombre de su majestad don Carlos<sup>120</sup>, unas contribuciones más o menos directas, era siempre con modales y cuando no tenía más remedio. El estado de guerra tiene sus necesidades. Proseguimos, pues, nuestro viaje sin demasiada inquietud, aunque estuviéramos entonces reducidos a nuestros propios recursos, sin otra escolta que la de un mozo de

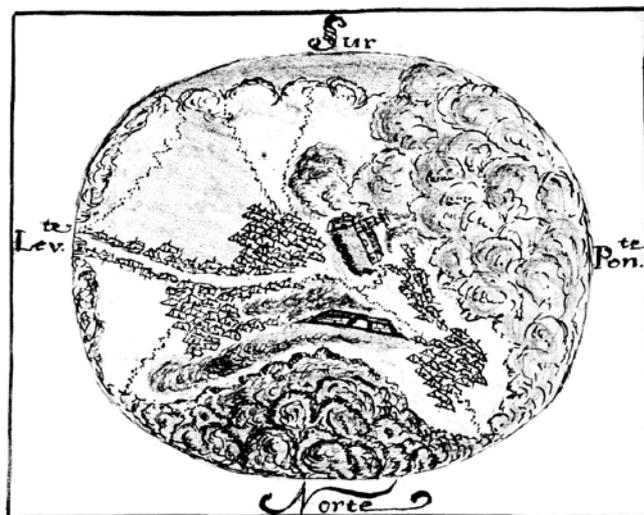
<sup>120</sup> Se refiere a D. Carlos María Isidro (1788-1855), hermano del fallecido Fernando VII (en 1833) y pretendiente al trono de España; cuyos partidarios recibirán el nombre de "carlistas", protagonizando numerosos hechos de armas durante el s. XIX. En nuestra provincia nunca llegaron a tener un arraigo suficiente, pero sí se conocieron y sufrieron las acometidas de algunas partidas propias o foráneas, casi nunca con apoyo popular, que causaron más dolor, sufrimiento y rechazo que adhesión a la causa carlista.

quince años que corría delante de los caballos y más rápido que ellos. ¿Pero qué hubieran podido hacer contra una banda organizada nuestros peones de Almería e incluso nuestros dos carabineros de la Real Hacienda?

Estábamos en plena Sierra Nevada y subíamos siempre por unos senderos muy abruptos y muy ásperos. Estos caminos no debían ser mejores en el tiempo de los moriscos y la guerra era aún más difícil por ello. Habiendo hecho una pausa para dejar respirar a nuestras monturas, vi bajo nuestros pies, al volverme, los extensos campos de olivos de Padules, y más abajo el valle del Bogaraya. Encima del río se extendía esta verde planicie de Cacín y el horizonte estaba cerrado por la sierra de Gádor que divisé por última vez. Me despedí allí de ella para no volver a verla más; nuevas sierras nos reclamaban. Diciendo nuestros adioses y dando la espalda, no sin algún pesar, a todo el país que había recorrido los días anteriores, me eché, como Curtius, en una especie de abismo de piedra en el fondo del cual se encuentra Ohanes, gruesa aldea que dependía, igual que las cuatro anteriores, de la antigua taha de Lúchar.

Era también un lugar consagrado por los moriscos. El marqués de Vélez andaba sobre Andarax a través de estas cimas ásperas con cinco mil hombres de infantería, de los cuales ochocientos eran ballesteros, y el doble arcabuceros; el resto iba armado con espadas, lanzas y alabardas; cuatrocientos jinetes bien montados completaban su pequeño ejército. Los moros sólo eran dos mil y aun que tan inferiores en número, muy resueltos para disputarles el paso e incluso para tomar la ofensiva. El choque fue terrible, la pelea sangrienta; era invierno, peleaban en la nieve, los muertos y los heridos se deslizaban al fondo de los precipicios. La ventaja fue primero para los moriscos y habrían conservado la victoria si el marqués de Vélez no hubiera acudido a la cabeza de su caballería para apoyar a la vanguardia que ya se replegaba. Restableció el combate con su presencia y pagó con su persona como buen caballero; *oe mostro*, dice Mendoza, que sin embargo no le quería mucho, *por su persona buen caballero*. El campo de batalla quedó por fin de los españoles; cerca de mil moros y Tahalí, su general, murieron. Perseguidos por las montañas, los fugitivos se refugiaron en unas cuevas inaccesibles; colgaron a todos los que cogieron. Así es como trataban a los prisioneros de guerra. Hace unos años, en Navarra, no se les trataba mucho mejor.

Ohanes sólo es famoso hoy en la Alpujarra por sus uvas que son excelentes y por unas telas tan bastas que no valen el honor de una mención. Es una población



Croquis de Beires en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

salvaje, cruel, siempre dispuesta a disparar o a usar la navaja. El bandidaje es aquí un mal endémico. En 1808, muchos franceses fueron asesinados en este pueblo, que, por exceso de prudencia, cruzamos al galope. Las mujeres huían delante de nosotros, los niños gritaban, los hombres juraban, los perros ladraban; no parábamos, con el riesgo de aplastar a todo el mundo y de rompemos los huesos, pues el sitio es horroroso, las calles son verdaderos precipicios. Galopábamos así sin respirar hasta la entrada al barranco de Tizis; allí nos apeamos para esperar al mozo, quien esta vez iba detrás. Tizis es una ermita fundada por un devoto de Granada, que llamaban *el Cuco* por su vida recogida y cenobítica. La iglesia es bastante bonita e incluso tiene dos cuadros aceptables: un *Cristo llevando la cruz* y una *Concepción*, dos temas predilectos de los pintores y de los devotos de la Península. Además, el lugar es agradable, rico en vegetación, rico en aguas; echado de una orilla a la otra del desfiladero, un acueducto con varios arcos, produce en el paisaje un efecto pintoresco y muy inesperado.

## SUBIDA AL PUERTO DE SANTILLANA

Apenas habíamos dado algunos pasos en el barranco, cuando un pastor dejó su rebaño para acercarse a nosotros y nos hizo señas para que le esperáramos. “*Caballeros*, nos dijo, cuando nos hubo alcanzado, *me han preguntado por sus señorías. -¿Cuándo? -Hace un rato -¿Quién? -Gente de mal aspecto -¿Varios? -Muchos -¿Armados? -Con escopetas y cuchillos largos. -¿A dónde van? -¿Quién sabe? -¿Por dónde han pasado? -Por allí. -¿Y, qué quieren de*



Santuario de Tices (Ohanes), en la subida a la Sierra Nevada.

nosotros? -¡Ah! eso... Si sus señorías quieren creerme, tomarán otro camino o esperarán refuerzo; allí habrá disparos, seguro". Si el aviso era falso por lo menos era desinteresado, pues el pastor nos dejó sin esperar los dos reales que le íbamos a dar en premio y desapareció en la montaña. "Conozco el país, me dijo M.T..., el consejo es bueno, sigámoslo; viéndonos solos (el mozo no contaba por un hombre), algunos rateros de Ohanes nos habrán seguido y nos habrán adelantado mientras estábamos parados en Tizis. Sin duda iban a tendernos alguna emboscada para robarnos después de habernos soltado doble y triple andanada. Usted verá si eso le agrada".

Ante todo, debo explicar lo que es un ratero; el ratero es un ladrón aislado, sin patente para decirlo así, que roba cuando se presenta la ocasión y sin llevar una vida nómada; los otros, quiero hablar de los ladrones organizados en bandas, toman el nombre pomposo de caballistas, y profesan hacia los primeros un soberano desprecio; les acusan de estropear el oficio y les maltratan cuando los encuentran. Los rateros son los más peligrosos; siendo menos numerosos, menos avezados, temen las resistencias y las previenen empezando casi siempre por matar a los que quieren desvalijar, lo que los caballistas no hacen nunca. "No somos unos viles asesinos, dicen éstos con orgullo, levantamos unas contribuciones como el rey, nada más". Esta soberbia diferencia era justamente lo que aumentaba nuestras alarmas, muy lejos de atenuarlas, pues, evidentemente, teníamos que hacer frente a unos miserables rateros. Volvimos pues sobre nuestros pasos hasta Tizis para esperar allí, a salvo, la llegada de refuerzos.



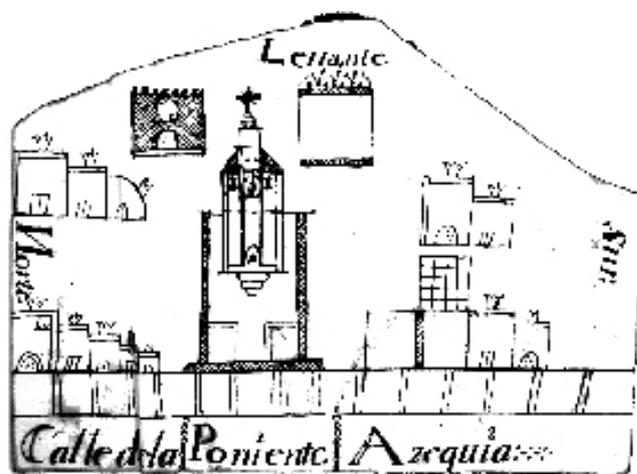
Escena del asalto a unos viajeros por bandoleros andaluces. Manuel Barrón (1869). Colección Carmen Thyssen-Bornemisza.

Hace falta saber que M.T... había dado la orden a sus obreros de dejar el Pilar para dirigirse al Rebutón, otra fundición de plomo que tenía en la sierra de Gor y a donde íbamos directamente; ahora bien, estos obreros nos seguían de cerca y no podían dejar de alcanzarnos pronto. Nos alcanzaron efectivamente, en número de siete, de los cuales tres iban armados con escopeta; teníamos en nuestras fundas de arzón de que armar a los otros cuatro y aún nos quedaba, a M.T... su fusil de repetición y, a mí, mi retaco. Nuestra primera descarga era pues, en resumen, de catorce disparos: era suficiente para tranquilizarnos, pero no era demasiado, pues podíamos temer que el enemigo hiciera unos reclutas entre los carboneros clandestinos que infectan esta parte de la sierra. Nos preparamos pues en consecuencia: dos obreros, armados cada uno con una pistola de arzón, iban de exploradores y componían la vanguardia; otros dos cerraban la marcha, armados como los primeros, nosotros, formábamos el cuerpo del ejército con los tres últimos y también el mozo que, a pesar de sus quince años, quería representar su personaje; fue necesario cederle mi yatagán moro. Con el semblante alegre y feroz con el cual el salvaje

adolescente lo blandía y lo hacía relucir al sol, se veía que la sangre de los monfíes corría en sus venas, sus pasiones sanguinarias resplandecían en sus ojos.

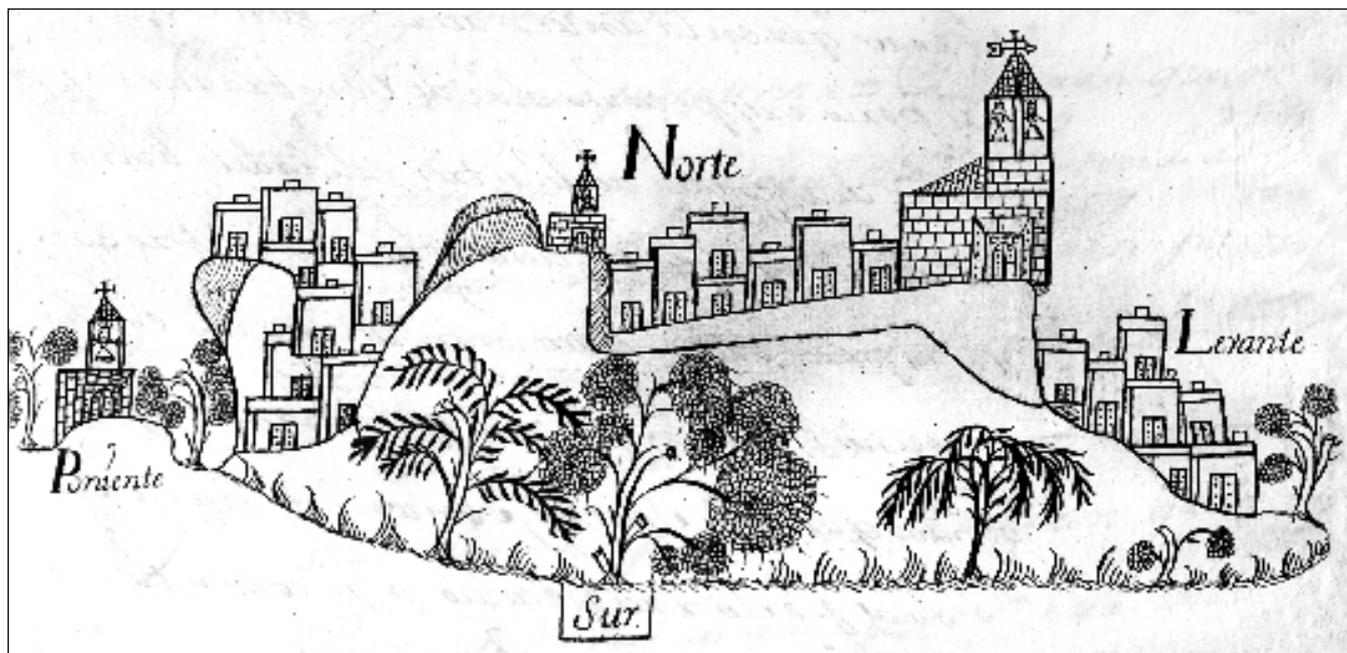
Por fin, el ejército se puso en movimiento y penetramos ordenadamente en el barranco sospechoso. La entrada de esta garganta es bastante ancha y adornada con una bella vegetación; poco a poco, sin embargo, el paso se estrecha y se oscurece; las paredes se acercan, se quedan sin árboles, la vegetación disminuye, desaparece, apenas algún matorral seco vegeta acá y allá al pie de las rocas, y, a decir verdad, hubiera preferido que estos matorrales no estuvieran, puesto que cada uno formaba una excelente muralla para ocultar una emboscada; ya era suficiente que el camino hiciera unos recodos y que de vez en cuando unos pequeños barrancos laterales vinieran misteriosamente a abrirse sobre el barranco principal. Todas estas circunstancias eran favorables al ataque más que a la defensa y tenían aquello de particularmente inquietante para nosotros que, en cada hundimiento, en cada curva, en cada arbusto, se podía esperar recibir una descarga de disparos sin distinguir a nadie. Un combate en regla hubiera sido preferible y menos aburrido que esta perpetua amenaza de lo desconocido. Esta espera, esta ansiedad febril duró varias horas. Por fin, el ejército salió del terrible paso, igual que entró; enemigos o amigos, no encontramos a nadie. ¿Nos esperaban los rateros de Ohanes más adelante, o viéndonos tan bien escoltados, habían renunciado a sus péfidos propósitos? Es una pregunta que quedó sin respuesta para nosotros.

Pero todavía no estábamos a salvo; nos quedaba por atravesar el puerto o paso de Santillana, uno de los más sospechosos de Sierra Nevada, pues está poblado todo el año por estos carboneros clandestinos de los cuales hablábamos antes. Habitados a fabricar sus mercancías ilícitas con la madera ajena, estos salvajes defraudadores no tienen sobre el derecho de propiedad unas nociones muy sanas: confunden fácilmente lo tuyo con lo mío y nunca es muy prudente ir a buscarlos en sus carboneras. Aunque estuviéramos muy cerca de ellos, no descubrimos a ninguno; la soledad era profunda. Los exploradores pretendieron haber apercibido en la esquina de un bosque a dos hombres con abrigos, o quizás a dos troncos que habían tomado por dos hombres; no importa, les dispararon energicamente, pero desde tan lejos que las balas debieron enterrarse en la mitad del camino.



Croquis de Abla en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

Aquí, por otro lado, si no estábamos aún al abrigo de cualquier encuentro, una sorpresa ya no era tan fácil; escalamos una montaña abierta por todas partes y, salvo algunos grupos de abetos esparcidos, la vista se dirigía sin obstáculos a los límites del horizonte: a la derecha se elevaban las oscuras crestas del Boloduy, a la izquierda teníamos, pero a gran distancia, los picos del Almirez y de Montayre. La pendiente era suave, el sendero cómodo, salpicado de brezos en flor, el aire vivo y ligero como lo es en todas las montañas, un sol radiante nos sonreía sin quemarnos, la brisa nos traía el olor silvestre de los abetos y del tomillo, un rebaño de ovejas pacía apaciblemente alrededor de nosotros; una naturaleza tan tranquila, tan pastoral, excluía cualquier siniestra idea y las alarmas de Tizis se habían olvidado. No obstante, al pasar delante de los cortijos, especie de casas alpinas agrupadas en las cimas del puerto y que forman las últimas viviendas de la Alpujarra, nuestros hombres se obstinaron en visitarlos, pues, según sus palabras, los enemigos estaban escondidos allí y ¡ay de ellos! si les ponían las manos encima. Tuvimos que permitir esta visita domiciliaria, infinitamente poco legal, pero en Sierra Nevada no se mira de tan cerca y, por otra parte, ¿quién en España se preocupa de la legalidad? Las casas fueron registradas de arriba abajo y no se encontraron ni ladrones, ni carboneros. Las mujeres y los niños de los pastores (los hombres se encontraban en los pastos), se creían saqueados, asesinados y lanzaban unos gemidos lamentables; unos cuantos reales los hicieron callar y cambiaron sus gritos de espanto en bendiciones.



Croquis de Abrucena en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

## VI

### BAJADA DE LA SIERRA: ABRUCENA, ABLA, FIÑANA

Habíamos alcanzado la cima del puerto de Santillana en buen orden y andando siempre militarmente. Allí acaba la Alpujarra y empieza la jurisdicción de Guadix, otro nombre árabe que significa el río de la vida (*Guet ayx*). Apenas se supera el punto culminante del puerto, se descubren a sus pies los ricos y bellos campos del Marquesado, cerrados al norte por la sierra de Baza. Esta primera ojeada es inesperada, sorprendente; no sabría compararla mejor que a una vista del Piamonte al salir de los Alpes. La llanura estaba entonces iluminada de una forma oblicua que le daba un tinte azulado y el Nacimiento o río de Almería, que la atraviesa a todo lo largo, brillaba como la hoja de una espada bruñida al fuego.

Al descender se encuentra el triste caserío de Abrucena, construido sobre un río del mismo nombre. Cerca de allí, están unas minas de cobre sin explorar, entre otras, la de los Cuatro Puntos. Más abajo se encuentra Abla (antiguamente Alba, Albula), de donde se deja Sierra Nevada para seguir la orilla del río. Girando hacia el Este, se penetra en las terribles gargantas del Serón, donde don Juan de Austria en persona fue vencido por los moriscos y tuvo el dolor

de perder a su tutor, su amigo, don Luis Quijada. De Abla a Fiñana la carretera es un paseo, siguiendo la orilla del río desde más o menos cerca, pasa a menudo bajo unas enramadas que apreciaba, pues hacía aún calor; las cigarras cantaban a cual mejor. Esta vega vale la de Granada. En cuanto a la población, cuanto más rico es el país más pobre se encuentra, con tradición muy triste pero muy común en España. Fiñana, donde dormimos en casa de unos socios de M.T..., es un pueblo bastante limpio; se fabricaba antaño mucha seda, pero la mayoría de las moreras han sido arrancadas y apenas se conocen hoy más que la industria de los cereales, como en todas las aldeas y pueblos de estas comarcas agrícolas. Fiñana posee, igual que Abla, unas antigüedades romanas, En otros tiempos el pueblo era dominado por una fortaleza árabe. Este castillo no es, ahora, más que una ruina habitada por las lechuzas y abierta a todos los vientos del cielo; pero desde lo alto de las almenas en ruinas la vista es encantadora: a los pies tenemos las amplias llanuras del Marquesado, llamadas del Zenete, del nombre de sus antiguos soberanos, los Zenetes, una de las cinco grandes tribus que conquistaron África y después España. El jefe de esta poderosa tribu había sucedido, en la posesión de esta rica herencia, a este demasiado famoso conde Julián, cuyo humor vengativo arruinó el imperio de los Godos e hizo tanto daño a su patria. El fuerte de la Calahorra ocupaba el centro del feudo, digna guarida de esos tiranos de segunda mano, quienes todos, ma-



Croquis de Fiñana en el Catastro del Marqués de la Ensenada, mediados del s. XVIII.

hometanos o cristianos, vivían de la rapiña y sangre. Su castillo está aún en pie, pero ¡qué decaído está! Lo convirtieron en cárcel y granero para trigo. Sin embargo, esta masa parda no deja de producir a lo lejos un efecto pintoresco y forma hoy la más bella decoración de la región. Por encima del castillo en ruinas se eleva audazmente el pico del Almirez, que es en esta vertiente de Sierra Nevada lo que el Mulhacén y el Veleta son para la otra. Por otra parte, esta ladera difiere enteramente del lado opuesto, del cual no tiene ni las anchas pendientes sin las majestuosas gradas. Cae en pico y no ofrece por todos los lados más que precipicios, escarpaduras y desgarrones espantosos. La sierra de Baza, que le hace frente en el norte y que sólo está separada de Sierra Nevada por el alegre valle del Marquesado, tiene un aspecto muy distinto: aunque desnudos, sus francos no tienen nada de abrupto y sus cuevas sinuosas están cubiertas por grandes bosques que sirven a la construcción de navíos. Añado, para no olvidarlo, que se encuentran también unas minas y que los moros extraían de esta montaña los bellos mármoles que se admiran aún en Granada.

## RUMBO A GOR A TRAVÉS DE LA SIERRA DE BAZA

El día siguiente salimos bastante tarde; nuestro ejército del día anterior se había reforzado con dos nuevos obreros fundidores; en total estábamos doce, incluido el mozo. Para llegar a la sierra de Gor, donde se encuentra el Rebentón, teníamos que cruzar la de Baza. La atacamos de frente y, al principio, sin muchas fatigas, pues la subida es suave, arenosa, fácil y reposa de los terribles senderos de Ohanes y Abruena. Por

desgracia el camino no tarda en volverse empinado y pedregoso. Andamos, resbalando a cada paso, sobre unos grandes bancos de pizarra veteados de cuarzo y sembrados de granates. Hasta allí no habíamos encontrado árboles, por lo tanto ninguna sombra, y el sol nos disparaba sin miramientos sus rayos caniculares. A pesar del calor y de las dificultades del camino, que las sandalias de los peones, entre paréntesis, sorteaban mucho mejor que los cascos herrados de los caballos, la caravana avanzaba ágil ya alegremente; los jóvenes cantaban unas coplillas, los viejos contaban historias donde las minas y los ladrones de la sierra desempañaban naturalmente el primer papel.

Pronto recordamos que no habíamos almorzado. Las botas iban llenas, los jamones y los quesos del Andarax no faltaban en las alforjas. Inútil decir que las botas son las botellas del país, es decir unos odres; y la alforja, el saco de provisiones. Nos pusimos, pues, a la obra, pero ¡qué desgracia! Habíamos olvidado el pan. Volver a Fiñana era imposible. Estábamos ya demasiado lejos y nuestras horas estaban contadas. Estábamos deliberando, cuando los exploradores nos advirtieron en un recodo del peñón una aldehuela, ¿qué digo?, un aduar hecho más a propósito para unos beduinos que para unos hijos de la civilización europea. Aunque no estuviera en nuestro camino, subimos con la esperanza de encontrar allí cómo reparar nuestro olvido. Llegamos... ¡nadie! Roposo (es el nombre del lugar) estaba desierto y todas las chozas herméticamente cerradas; hombre, mujeres, niños y hasta los perros, toda la población estaba en la montaña, ocupada seguramente en cortar, robar leña o en hacer algo peor aún...